

En dicho trabajo sigue un plan muy lógico, pues dando suelta a sus aficiones anatómicas, dice que «antes de esponer los caracteres distintivos de las úlceras de la córnea transparente, conviene dar una idea exacta de la estructura particular de esta parte del ojo», que pasa a describir, en cuya descripción pone de relieve su fino instinto de observador, aunque después, al entrar en el terreno de la patología, sufra errores de mucho bulto, en consonancia con las ideas dominantes en su tiempo; pero más adelante, al describir el síndrome, vuelve a manifestarse buen observador, por las minucias que aporta al diagnóstico diferencial.

Al ocuparse del tratamiento, dice que en las úlceras transparentes emplea los *sulfates* (vitriolos), que es precisamente un tratamiento de estos tiempos para dichas úlceras cuando en ellas se halla el diplobacilo de Morax-Axenfeld, y aquí sería del caso decir, que «*Multa renascentur quæ jam œcident*», pues son muchos los conocimientos antiguos que, vestidos con traje de la época, vuelven a merecer el favor del vulgo y aun de los doctos.

Además de sus escritos referentes a las enfermedades oculares, le acredita como oculista su invento del anillo ocular (que por cierto era poco genial) para facilitar la operación de la catarata.

Pero no fueron sólo flores lo que halló en su camino Gimbernat, porque su excepcional mérito hubo de acarrearle sendos disgustos como ocurre siempre en tales casos, pues es una verdad axiomática que todo el que se eleva sobre el nivel común debe sufrir los embates de la envidia, achaque muy humano, pero que en nuestro caso debió alcanzar grandes vuelos a juzgar por la obra que se creyó en el caso de escribir su hijo para sincerar la memoria de su padre.

Alguien ha dicho que la inteligencia en los hombres vulgares es la candileja que alumbra su camino, al paso que en el hombre cumbre es el luminoso faro que señala la senda que debe seguir la Humanidad. Gimbernat, sin llegar a ser un hombre extraordinario por los destellos de su genio, lo fué en el sentido de señalar un gran paso en el progreso de las Ciencias Naturales en una época en que su cultivo estaba poco menos que abandonado; en señalar nuevas orientaciones pedagógicas y en instaurarlas, merced al predicamento que logró ante aquel monarca Carlos III, que tanto trabajó por el progreso material de sus súbditos.

La solicitud con que acudieron al homenaje organizado para honrar el primer centenario de su muerte los representantes de las Facultades de Medicina de Madrid, que a él le debe su fundación, y de la de Barcelona, que le es deudora de su reorganización, y el Cuerpo de Sanidad Militar del que llegó a ser Inspector (cargo anejo al de Cirujano mayor de la Facultad de Medicina de Barcelona) indica, que a pesar de los azares de la varia fortuna y de la envidia, el verdadero mérito se impone y al fin lo reconocen las generaciones futuras, viniendo a resultar un lema aplicable a todos los hombres de mérito verdadero aquel verso de Horacio, grabado en el pedestal del busto del insigne Virgili, fundador, por orden del Rey, de los Colegios de Cirugía de Cádiz y de Barcelona: «*Non omnis moriar, multa que pars mei, vitabit Libitinam.*»

Sesión del 26 de noviembre de 1916

PRESIDENCIA: DOCTOR CARULLA

## Discurso leído en la sesión necrológica celebrada en honor del eximio académico doctor don Luis Comenge y Ferrer

POR EL DOCTOR DON RAFAEL RODRÍGUEZ MÉNDEZ

### Preámbulo

EXCMO. SR. PRESIDENTE:

SEÑORES:

Tan grande ha sido la vida de Comenge, tan complejas y abundosas sus manifestaciones intelectuales, sentimentales y volitivas, que en justicia merecen, no un discurso, sí un libro de gran número de páginas; y merecen también un hombre de gran valimiento para el relato, no el que ocupa este puesto.

Lo primero significa una reducción enorme de la vasta tarea, y significa una perplejidad insuperable, que no es hacedero deslindar qué es lo que debe decirse y qué es lo que pudiera callarse. La masa es homogéneamente buena, y en ella no caben distingos sino cortes arbitrarios, hasta que quede reducida al volumen compatible con esta sesión de homenaje.

Lo segundo, mi presencia aquí, marca un ciego obedecer a los deseos de la Academia y una prueba más del intenso afecto y gran admiración que hacia Comenge sentía y siento.

Ambos hechos pueden disimular parte de mis deficiencias, que no es posible ocultarlas todas. Me da pena por él, por los suyos y por nuestra Corporación. Desde este punto de vista, mi dolor puede despertar algo de simpatía, pero dista no poco de una absolución completa.

A falta de medios propios, he buscado por todas partes recursos ajenos, que me han concedido en abundancia. De otros será lo que haya aquí de bueno; lo mediano y lo malo es mío. Quedará, a lo menos, bienquista mi voluntad.

Dos defectos hay en mi trabajo: que no es completo y que no está libre de equivocaciones, pues los datos son en ciertas ocasiones contradictorios y tal vez no haya sabido en todo caso seleccionar lo que era exacto.

Para hacer más sencillo mi cometido, divido este estudio en cuatro secciones: las tres primeras son el *psiquismo*, un ligero *bosquejo biográfico* y las *obras y cargos* de Comenge; la cuarta, las *recompensas* que recibiera. En un apéndice incluyo varias *notas*, que amplían varios conceptos del texto.

Entro en materia.

## I

### SU PSIQUISMO

Bajaba un día Pasteur de hablar con el célebre físico Bertin y en la escalera encuentra a Barrier. «Vengo de consultarle, le dijo. Una sociedad me ofrece un millón de francos si hago patentar mi descubrimiento y le cedo la propiedad. Tenía miedo de dejarme tentar. Ni los míos ni yo somos ricos. Y me ha dicho: Niégate, Pasteur, tu gloria vale más que todo eso; entrega tu descubrimiento a todo el mundo. Indudablemente Bertin es un hombre honrado.»—Comenge ha descubierto cosas muy útiles: desinfectantes nuevos, procedimientos breves para atajar las epidemias más terribles; tesoros en los archivos de las ciencias, métodos para el mejoramiento del hombre... Ha contribuido por modo poderoso a la divulgación de procedimientos suyos y de otros que pudieron ser científico-mercantiles; de lo suyo le faltó tiempo para publicarlo; de lo ajeno hizo sus valiosas campañas gratuitamente. Tuvo en su poder millones de objetos, algunos valiosos, para desinfectar, alhajas y dinero olvidados en la ropa, en un cajón. Ni él ni los suyos tenían dinero y no se dejó llevar por el mal camino. La gente a sus órdenes siguió siempre el buen ejemplo y en largos años no hubo la más leve queja. Comenge era honrado y su honradez fué contagiosa. Sin duda pensaba, como Kant: «Dos cosas excitan en mí una admiración siempre creciente: el cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral en mi corazón.»

Paul Domer escribió (1): «El trabajo hace fácil y placentera la vida, apacigua las penas, ayuda a soportar los males inevitables. Es la varonil y santa ley humana y es la ley social por excelencia. El trabajo es creador de virtud.»—Comenge creía lo mismo y su labor fué intensa, fecunda, casi inconcebible por lo tenaz, por la cantidad y por la calidad de sus obras. Es admirable su producción científica. Pensaba como Franklin: «La llave que se usa a menudo, se conserva luciente como la plata; no usándola se llena de herrumbre. Así sucede a nuestro entendimiento.»—Comenge no dejó que su clarísimo y potente entendimiento se enmoheciera en la holganza. Fué un trabajador incansable. Parece que Domer lo retratara (2): «La acción, la actividad, el trabajo, son necesarios al equilibrio moral y físico del hombre.—El trabajo es la primitiva y eterna ley humana que a todos se impone por igual. Enaltece y ennoblece al hombre, y es una necesidad para la inmensa mayoría, un deber para todos.—Quien se entrega al trabajo logra con él una independencia, una dignidad de vida, a la cual el hombre ocioso no puede aspirar.»

El estudio, como actividad especial, honra. Balmes lo dijo: «Conviene leer los autores cuyo nombre es ya generalmente conocido y respetado; así se ahorra mucho tiempo y se adelanta más.—Estos escritores eminentes enseñan no sólo por lo que dicen sino también por lo que hacen pensar.»—Comenge era un estudioso incansable, en todos tiempos y lugares, en circunstancias prósperas y adversas. A esta afición se debe su afán escudriñador. Le conoció bien aquel compatriota nuestro que de él dijera:

(1) *Livre de mes fils.*

(2) *Loc. cit.*

«Es un verdadero *arqueólogo médico*; y un libro roto, un papel más o menos legible, un pergamino medio roído por los ratones y empolvado por luengos años, forman su delicia, deleitan su ánimo (1).» Y si, como dijo Calderón, «la historia es un tratado práctico de frenopatía», no es de extrañar que buscara en lo pretérito enseñanzas para el porvenir. *Curiosidades médicas*, *Clínica egregia* y otros de sus escritos, especialmente las innumerables «anécdotas», son obra de profundo y elevado valor científico, que enseñan con el ejemplo.

«El buen sentido, ha dicho también Calderón, descubre a veces en las cosas más recónditas puntos de vista nuevos que un hábito del pensamiento, transformado en prejuicios, impide hallar a los iniciados.»—Comenge tenía un gran sentido para orientarse en los asuntos más difíciles y heterogéneos: vayan, como ejemplo, las cuestiones y prácticas sanitarias, y su facilidad para conocer a las gentes, altas y bajas. Le costó no pocos esfuerzos alcanzar esas soberanas alturas de la discreción y amargaron su vida no pocos disgustos y contratiempos. En él se cumplió, más que en otros, la sentencia del genial Quevedo: «Antes de aprender a andar, hemos dado muchos pasos hacia la muerte.»

La perseverancia en lo útil y beneficioso es una condición relevante. César Cantú ha escrito: «No pueden arrancarse las espinas del camino de la vida sin ensangrentarse las manos.—¡Ay del que siembra si llega a desesperarse a cada tempestad que tiene que sufrir!—Condición de la victoria es la batalla.»—Comenge era un perseverante. Las empresas que hubo de acometer, exigieron muchas veces ese valor sereno de la perseverancia. Se orientaba rápidamente hacia lo mejor, y en su camino, que ha sembrado de numerosas obras de misericordia, vencía los obstáculos y seguía adelante. Tenía tres enemigos capitales: los envidiosos, los burócratas y las enfermedades infecciosas, que son tres enemigos del cuerpo y del alma, que suelen aliarse para hacer daño; y otros enemigos, si no tan capitales, de alguna cuantía: la ignorancia, la rutina y la malevolencia... De uno de los enemigos capitales escribió Quevedo: «La envidia está flaca porque muerde y no come.» La burocracia ha querido detenerlo muchas veces, le ha amenazado, intentó castigarle y no le ha premiado con esplendor, que era su obligación. Las infecciones, peste, cólera y casi la rabia, hicieron presa de su cuerpo. La ignorancia y la rutina le quisieron cerrar el paso, y hasta la malevolencia, después de muerto, no ya en vida, ha hecho decir a uno que no se atrevería a firmar todos sus escritos. ¡Es indudable! la firma no podía ir al pie de un trabajo de Comenge que, por especialísimo e inimitable, nadie lo hubiera creído obra suya; además, por lo que César Cantú expresó: «Los que están acostumbrados al crepúsculo, aborrecen la luz como perturbadora.»

Boileau escribió hace tiempo: «Cultivad vuestros amigos... seducir y agradar en un libro es poco; es menester, además, saber conversar y vivir.»—Comenge cumplió al pie de la letra el precepto. Seducía y agradaba con sus libros, sabía hablar con toda clase de gentes sin pretensiones de sabio ni humillaciones de esclavo, y vivía en santo consorcio con las gentes más elevadas de las capas sociales y con esas otras ínfimas, casi perdidas en la ciénaga, a las que tanto hubo de tratar en su lucha con las infecciones. He aquí un episodio. La peste bubónica hacía víctimas, en Barcelona, en esos pobres trabajadores que viven colindantes con toda suerte de miserias, cuando no están encerrados en el infranqueable círculo de ellas. Había que inmunizar a estas gentes en silencio, tranquilamente y por voluntad propia. Pocos se prestaron; casi todos se burlaron, amenazaron o se negaron. Sólo Comenge, Comenge sólo, lo digo dos veces, era capaz de convencerles, y con cariño, con pláticas, con halagos, con razones, cómo pudo, en una taberna, sobre un montón de estiércol, en un sótano mortífero, les llevó al convencimiento. Uno, creo que gallego, se negó en redondo, y Comenge, como no haciéndole caso, le vuelve la espalda, se dirige a otro y le dice: «Ven acá, tú, que ése no quiere que le pinche porque es un cobarde.» Momento difícil, que pudo acabar en tragedia. El rebelde, subyugado por aquel rasgo, se levanta airadamente la manga de la camisa y con aire de matón le dice: «Pinche usted cuanto quiera, que yo no soy cobarde.» Los demás siguieron presentando el brazo. Y esto, en pequeños lotes, hasta unos 8,000 inoculados. ¿Es posible más acierto, más habilidad, un trato más oportuno? Era un hombre delicado, caballeresco, que se metía en el alma con sus ademanes, las inflexiones de su voz, el cariñoso acento, y cuyo rostro y miradas expresaban un ardiente convencimiento, una voluntad que había de salir vencedora: Era un apóstol de esas turbas incrédulas, bien distinto de aquellos norteamericanos que vacunaron a los portorriqueños amenazando con las armas, con las multas o con la cárcel hasta quebrantar la absurda obstinación. Es cierto que algo tuvo que lamentar de lo que escribió Ovidio: «Mientras seas feliz, tendrás muchos amigos. Si el cielo se nubla, quedarás solo.»

(1) *El Genio médico quirúrgico*. 15 de marzo de 1885.

La abnegación, el sacrificio sublima los hombres. Esta heroicidad moral convence y arrastra; sólo los perversos suelen substraerse a su potente influjo. El abnegado tiene gran ascendiente y goza de un bienestar inmenso. «Si haces alguna buena obra o virtuosa con fatiga, la fatiga pasa y la bondad queda; pero si haces alguna cosa mala o vil con placer, pasa el placer y queda la maldad» (1) (Aulo Gelio). —Comenge estaba siempre presto al sacrificio; consagró su vida entera al bien y al cumplimiento de trascendentales deberes, de aquellos bienes y deberes que más engrandecen la dignidad humana sin que la soberbia la empañe ni aún de lejos. En pro de cuantos lo necesitaron se entregó con todos los frutos de su gran talento, su constancia, su afabilidad, sus recursos no muy sobrados, sus modestas joyas recuerdos de familia, su actividad, su sueño, su alma, su vida. Esto es altruismo santo y puro, en el que no intervenían recompensas, a pesar de lo merecidas. Una vez, ponderando yo ese espíritu abnegado, me dijo con esa llaneza que le caracterizaba: «He trabajado algo con buena fe y sin provecho ni para mí ni para los míos.» No hacía el bien como un inconsciente o uno que espera algo provechoso. Su obra era consciente y estaba al abrigo de toda sospecha.

La modestia era una de sus cualidades más sobresalientes. Trabajaba mucho en todos conceptos y jamás se le ocurrió enorgullecerse de su gran valía: ni cuando era aplaudido frenéticamente por sus benéficas acciones, ni cuando el dorso de sus manos era cubierto de besos y regado con las lágrimas de los agradecidos. Parecía que todo su ser estaba saturado de esa discreta sentencia que dice: «La soberbia es hija de la ignorancia, y la modestia de la sabiduría.» Un escritor tan concienzudo como Pulido no ha vacilado en decir, al hablar de los generosos sentimientos de Comenge, de sus innumerables obras bienhechoras, de su modestia, «que parecía tocado de santidad» (2). —Sí, Comenge era modesto como pocos. Tenía demasiado lastre para dejarse llevar por las ráfagas de lo pretencioso y de lo fatuo.

La afectividad de Comenge se asemejaba a una cascada que empezaba en la esfera divina y concluía en las más miserables capas de la humanidad. Parecía esculpido en su conciencia lo escrito por el Dr. José Leopoldo Feu: «En los planes superiores de la Providencia no queda olvidada jamás la causa de los justos. Al través de las borrascas y remolinos sociales, gustan ellos, por anticipado, el dulzor de la vida eterna.» Parecía también que al despertar cada mañana, exclamaba: «Hoy quiero ser mejor que ayer!» Y lo era, porque su afectividad crecía a diario como crece el diámetro de las ondas sonoras a medida que se van alejando del punto de origen. —Comenge era afectivo, cariñoso, simpático, «de trato angelical»; transigía sin enfado; complacía en cuanto no repugnaba a su conciencia.

En esta atmósfera de ternura y sentimentalismo vivía y evolucionaba. Las principales facetas de su afectividad merecen ser presentadas.

Comenge era creyente como pocos, pero su misma cordura y su modestia le apartaban de ciertas manifestaciones. Como Concepción Arenal, entendía que «no es más religioso el que más habla de Dios, sino el que menos le ofende». Y la vida de Comenge fué un himno sin palabras, expresado por esa multitud de actos benéficos, verdadera ofrenda hacia la Divinidad. Comenge hablaba con los hechos y no movía los labios. Obras son amores. El que ama el bien, ama a Dios. Comenge lo amaba intensa, entrañablemente, porque sí. ¡Amar y no hacer daño! ¿Cabe nada más hermoso? Otra vez salta por entre estas líneas el «tocado de santidad» de Pulido.

En su hogar era un marido modelo. Afable, circunspecto, halagador, había llegado a esa rara fusión de almas entre el esposo y la esposa, de que tanto se habla y que tan pocas veces se realiza. Casado con esa bendita Julia el día 29 de julio de 1887, a las once y media de la mañana, en la parroquia de San José de Madrid, dice de ella... Titubeo no poco al expresar lo que el escribe: pero ¿por qué callar? Han llegado a mis manos, como para tentarme y convencerme, unos apuntes íntimos que, sin mi perdonable indiscreción, quedarían ignotos. Pido perdón a los deudos, pero en nombre de la verdad y de la justicia hablo, poniendo de manifiesto lo que parecía destinado a no ser sabido.

La conoció el día 19 de octubre de 1881 en una fiesta campestre. «Muy hermosa, de excepcional talento, y de una dulzura y amabilidad de trato que superan a todo elogio, ¡vaso áureo de virtudes!» Años más tarde, en 1900 consigna... «sigue amantísima madre y esposa, es una santa mujer, angelical persona, que sólo vive y piensa en los demás; no hay forma de enfadarse con ella». —Posteriormente, en 24 de diciembre de 1902, con motivo de un obsequio que la hizo en Navidad, escribe la siguiente dedicatoria: «A Julia, la más brillante y hermosa estrella en la constelación de las virtuosas, agradables constelaciones del Hacedor, su esposo, L. Comenge.» Y este hermoso idilio ha seguido, sin eclipses, hasta que la muerte lo interrumpiera. ¿Quién sabe si no lo habrá logrado? Ella ama como siempre y sufre como nunca; él seguirá amando y esperará una nueva unión interminable en regiones más puras.

(1) *Donec eris felix, multos mirabis amicos,  
Tempora si fuerint umbra, solus eris.*

(2) *El Siglo médico*, 22 enero de 1916.

Es indudable que este apacible ambiente doméstico pudo influir mucho en el porvenir de Comenge. En su hogar encontró siempre el sosiego y el bienestar. De otra suerte, ¿quién sabe lo que hubiera ocurrido? «Se comprende que vayan desolados en pos de las diversiones públicas aquellos que no encuentran la paz en el interior, ni la calma en el seno de la familia.» (P. Leopoldo Feu.)

Comenge no tuvo hijos. Cuando habla de Julia madre, se refiere al hijo de ésta, habido de su primer matrimonio, el hoy don Luis de Tapia. Le quería tanto como si fuera propio. De él dice, y basta con un párrafo de los apuntes: «Es un niño ejemplar, por lo bueno y dócil; tiene el genio de su madre; le adoro y le quiero desde que tenía dos años...» Este sentido afecto no ha menguado en lo sucesivo; si era posible lo aumentó, y a la verdad era bien merecido.

De su padre ha dicho: «Fue siempre hombre recto, amable, de modales distinguidos, de gran memoria, aplicación sana, vasto talento, orador elocuente y médico escritor de los más notables de su tiempo. Es y ha sido modelo de esposos y de padres.» Transcribo estas líneas para que no siga cundiendo la fábula de que distaba de ser el buen hijo para su excelente padre. (Véase *Nota I.*)

De su madre, doña Elena Ferrer, siempre que habla de ella la denomina «mi buena madre». (Véase *Nota II.*)

Para sus hermanos emplea de continuo frases cariñosas, y de su hermano político, el Excmo. Sr. Presidente de esta Audiencia territorial, don José Catalá, en cuantas veces hemos hablado de él lo ha hecho constantemente con tanto afecto como respeto, considerándole como un hombre de gran mérito por su inteligencia y honradez. (Véase *Nota III.*)

Su valía, sus conocimientos, su decir encantador, su nervosismo atrayente, esa especie de sana ironía, no molesta, que a las veces daba a sus conversaciones... no sé que más, le granjearon, por una especie de poder sugestivo, muchas y grandes amistades. ¿Quién de vosotros no gozó de su afecto? Apreciaba en principio a todo el mundo y era preciso se convenciera muchas veces de que algunos no eran adaptables a sus nítidas intenciones, para que se apartara de ellos, sin aborrecimiento, pero sí con pena, esa pena con que los sanos y fuertes ven a un mutilado, a un deforme, a un degenerado, a un enclenque. Entre estos innúmeros amigos fueron sus predilectos Pulido, Bertrán Rubio, Sentiñón y otros muchos, entre los cuales me honro en figurar. Pero su amistad grande, especie de engranaje moral e intelectual, fué con Suender, Letamendi y Pi Molist. De esta amistad salieron grandes destellos científicos y sentimentales. Suender le quería entrañablemente, Letamendi decía que su afecto era «paternal» y Comenge le contestaba en broma: «gloriosas vejeces». Pi y Molist lo creía el mejor escritor de nuestros tiempos, y a fe que Pi era un número uno. De esta amistad brotó la «Estafeta de los muertos» y ella condujo a un homenaje a Letamendi, en forma de libro, redactado por treinta y nueve amigos, capitaneados por Comenge, homenaje tributado el día de San José de 1893 (festividad onomástica de Letamendi), al cual contestó con una de sus obras geniales. (*Nota IV.*)

Los apuntamientos que hasta ahora he hecho, llevan a las afirmaciones siguientes: Comenge era honrado, trabajador, estudioso, de buen sentido, perseverante, agradable, abnegado, modesto, afectivo, creyente, ejemplar esposo, padre modelo, hijo excelente, amigo apreciable... Este conjunto de condiciones, cantidades homogéneas, demuestra su bondad, y la suma de ellas dice que ante todo y sobre todo era un hombre *bueno*, y como bueno grande: «Si me preguntan cuál es el hombre más grande del mundo diré que el más bueno; si me preguntan cuál es el más bueno, diré que el que más beneficios haya hecho a sus semejantes, sin hacerles nunca daño.» «Quien tal dijo, si le hubiera conocido, diría: Comenge es de los hombres más buenos.

Comenge era algo más que bueno. Tenía una voluntad firme, férrea, gracias a la cual supo vencer situaciones difícilísimas: enemistades, prejuicios injustos, asaltos a traición, rudeza de los unos, barbarie de los otros, ignorancia de muchos. «Dichosos los que al final de laboriosa carrera pueden verdaderamente decir como el ilustre Pasteur: «¡He hecho lo que he podido!» (1)

Y Comenge hizo mucho, muchísimo, sin desmayos, sin vacilaciones y siempre hacia el bien, como la punta de la brújula se dirige al Norte. Su voluntad no era la inconsciente de un impulsivo: era el producto de la bondad y de un talento portentoso.

Comenge era algo más que bueno, y algo más que un volitivo. Su inteligencia llegaba a alturas majestuosas.

Como pocos ha sido alabado en vida: a los unos les encantaba el modo de decir, a los otros el de pensar, a muchos la facilidad con que encontraba en las capas de la historia datos preciosos que no fueron antes advertidos, a buen número la sutileza de su ingenio, la profundidad de las ideas... Cada

(1) Fournet, *Revue hebdomadaire*, 7 de febrero de 1914.

párrafo, cada línea a las veces, despertaban la admiración del lector o del oyente; con avidez se ansiaba su intervención en cualquiera materia científica. Sus obras y sus procedimientos no tardaron en pasar montañas y mares, y Europa y América aplaudieron más de una vez al sabio español.

Muerto, las alabanzas continúan y de toda España y de otras naciones han salido lamentos de pena y tributos de justicia. Entre otros, que son muchos para exponerlos todos, Pulido dijo: «Yo no sé de ningún otro que le igualara, cuando menos que le superase» (1). Toda la prensa médica española, y una gran parte de la política y literaria (2), ha expresado su dolor por el irreparable quebranto; gran número de corporaciones ha dado pruebas patentes de su duelo... Y más allá de nuestros límites nacionales, el eminente biólogo Alberto Mary (véase *Nota VI*) y más lejos todavía Víctor Delfino, en *La Semana médica* de Buenos Aires (véase *Nota VII*), y otros muchos más, rinden a su memoria sentidas manifestaciones de admiración y dolor. No sigo por este camino, que es muy largo. Para mi objeto basta con apuntar estos hechos, todos contestes en la gran valía intelectual de nuestro estimado consocio. Ellos lo demuestran por modo indubitable.

Comenge sabía mucho de nuestras ciencias y de otras más, como la Filosofía, la Historia, la Sociología... En nuestras tantísimas pláticas encantaba la rapidez y la finura con que respondía a mis interrogaciones sobre diversas materias. Era para mí el ejemplo más expresivo del «instruir deleitando». Con él siempre se aprendía con goce inmenso. No se tocaba una tecla de su intelecto sin producir la nota justa y armoniosa. Sabía de todo, no sólo de aquello en que la mayoría le ha reputado peritísimo. Más de una vez vino a mi memoria una genial frase de Letamendi a propósito del poliglotismo de Sentiñón: «A Sentiñón no hay que preguntarle, ¿conoce usted esta lengua?, sino decir: ¿señoras lenguas, conocen ustedes a Sentiñón?» Frase, mejor dicho, concepto, aplicable a Comenge y a las Ciencias. Si su erudición era inmensa, no le iba a la zaga su originalidad. Sabía ciencia y fabricaba ciencia. No era, como dice Balmes en su *Criterio*, un hombre-almacén ni un hombre-fábrica: a la vez era fábrica y almacén. Así se explica bien que sus numerosos trabajos científicos y literarios fuesen tan precisos y tan profundos, que se le llamara peritísimo, némine discrepante. De su sabiduría nadie ha dudado. El doctor Salcedo escribió que de Comenge podía decirse, como del famoso Pico de Mirandola, «que sabe todo lo que puede saberse y algo más» (3).

Su inventiva se ha extendido en varios terrenos: en los procedimientos sanitarios, en la organización o creación de varios centros e instituciones científicas y benéficas, en la actuación ante problemas enmarañados y, por modo especial, en las artes gráficas. En varios conceptos se adelantó a los extranjeros. Como pocos supo hacer objetivos, mediante líneas, planos, mapas, etc., los detalles y las síntesis de muchos hechos biológicos. Son muchas las colecciones geniales de trabajos demográficos que le valieron aplausos y honores. Hoy constituyen una verdadera riqueza, parte de la cual existe en varias dependencias, y parte la posee la familia, que la conserva como sagrado depósito. Al decir inventos, queda bien expresado que no se trata de imitaciones, sino de obras originales, superiores a las más alabadas de España y del extranjero.

Saber e inventar son condiciones loables, pero si a ellas se une galante y simpática exteriorización, el mérito es mayor; y, si como en el caso de Comenge, esta exteriorización es excepcional por lo hermosa, el mérito es máximo. Y máximos fueron todos los procedimientos de exteriorización de que se valiera el sin par Comenge.

Como escritor era un prosista de valor extraordinario. Lo alabaron los extranjeros; lo alabaron, entre los nuestros, nada menos que Menéndez Pelayo, Letamendi, Pi y Molist; esos grandes maestros del bien decir. Pulido ha dicho: «Uno de los primeros escritores médicos españoles del siglo XIX.» Sus escritos tienen una característica tan especial, son tan correctos y brillantes, que la firma no hace falta para conocer al autor. Son siempre interesantes y siempre amenos. Cervantes hubiera suscrito con deleite algunos de sus trabajos. Su cervantismo no era imitación, que ésta nunca es perfecta y no pocas veces es violenta. Escribía así porque no sabía de otro modo. Si hubiera pretendido bajar el tono de su vibrante y castizo estilo, lo hubiera deshecho. Escribía flúida y correctamente, sin enmiendas ni rebuscados giros, tal como salía, cual se escapa el agua juguetona y alegre cuando se abre la llave que la contiene.

Algunos han dicho que debiera haber sido el Presidente de la Real Academia de la Lengua, para que se cumpliera con todo rigorismo el lema: «Limpia, fija y da esplendor.» Es cierto que a las veces, muy pocas, se valió de giros especiales y de neologismos para sus ideas. Es el torrente espiritual que rompe

(1) *El Siglo médico*, 22 enero de 1916.

(2) *Cuaderns d'estudi*, revista especialment dedicada a Mestres i professors. Febrero de 1916.

(3) *Le Correspondant médical*, abril de 1914.

los diques que lo contienen. ¿Defecto? No. ¿Soberbia? Tampoco. Es que no había en el cauce ordinario y hubo de arrollar obstáculos, para que no quedaran sus ideas empantanadas en el cerebro.

En sus obras se cumple lo que Montaigne formulara: «Un lector capaz descubre con frecuencia en los escritos de otros más perfecciones que las que el autor ha puesto, y las ha percibido y las presta sentidos y aspectos más ricos.» Cuanto más se las lee, más se aprende y más bellezas se encuentra.

Su estilo es atrayente y simpático. Se impone por lo sencillo, lo cortés y lo justo. Hasta cuando es mordaz es tal su finura, que no ofende: enseña alegremente. Solía ocurrirsele la traviesa idea de aparecer escéptico, y ciertamente no lo era: se proponía con ello castigar, dejándolo mal parado, el escepticismo de los otros. Así daba una lección cariñosa en el mismo terreno en que estaba la ignorancia.

En cambio, cuando se trataba de esos hechos que al alma llegan, lastimándola, revolvía la ternura con la fiereza. Compadecía la desgracia y se volvía airado contra las injusticias. Sirva de modelo ejemplar lo consignado en la *Nota VIII*. La sentenciosa declaración de Girard: «El acero de un cuchillo no me da miedo, pero el acero de una pluma me aterra» (1), lo habían pensado algunos de Comenge antes de que aquél lo escribiera.

Salvo casos muy excepcionales, su norma fué el mayor comedimiento, revelador de una exquisita cortesía y urbanidad, elementos de que se valió para la difícil convivencia social. Tendía instintivamente a lo bello, a lo útil, a lo bueno. Por eso estaba tan encariñado con la Higiene.

Su oratoria corría parejas con sus escritos. Amena, fácil, convincente, tomaba en oportunas ocasiones un tono humorístico y hasta ligeramente sinapizante. Esta salsa de su gratisima exposición no llegaba a causar molestias; era una advertencia amistosa y culta, que hacía más simpática su labor. Encantaba oírle. Así como de humilde choza puede salir un héroe, de aquel cuerpo tan pequeño salían a torrentes los efluvios de un alma bella y grande. Hablaba con precisión, sereno y tranquilo, como si estuviese platicando con los suyos y dando a su voz unas inflexiones tan oportunas que el auditorio era arrastrado gustosamente; a las pocas palabras no había oyentes: todos eran admiradores, una parte sugestionados, una parte convencidos por aquel bien discurrir y aquel hermoso decir. Como ejemplo véase *Nota IX*.

Sintetizando. Comenge fué un hombre bueno como pocos, un volitivo consciente del bien, un talento extraordinario, un escritor modelo y un orador de gran mérito. En otras palabras: un hombre de los que honran a la humanidad, una figura que se destaca de las muchedumbres por sus grandes cualidades, un ejemplo que nuestro presente entrega a lo porvenir para enseñanza y espejo. D. Quijote dijo: «Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro.» Comenge hizo más, muchísimo más que otros: por eso es más que otros hombres, que otros muchísimos hombres. Un gramático diría: no es un singular, es un plural de relevantes condiciones.

## II

### ESQUEJO BIOGRÁFICO

Nació Comenge en Madrid, calle del Ave María, 24, principal, el día 17 de febrero de 1854 y fué bautizado con los nombres de Luis, Enrique, Julián, Fermín (*Nota X*). Es coincidencia notable que en esa misma casa, después de recorrer su padre pueblos y ciudades, acabara la carrera (2).

De su historia escolar hay bien poco que decir (*Nota XI*). Mi larga experiencia en el profesorado y la observación de muchísimos de los que fueron mis alumnos, me han dado elementos sobrados para clasificarlos en cuatro grupos: primero, escolares que fueron sobresalientes y que así continuaron toda su vida; segundo, medianos desde el comienzo y medianos hasta el fin; tercero, sobresalientes en las aulas y luego deprimidos, holgazanes o desgraciados; cuarto, regulares, cuando no medianos, durante la carrera y, a poco tiempo, sobresalientes como ellos solos. A los últimos corresponde Comenge. Del nivel del suelo ascendió hasta convertirse en sumidad florida. Excelentes máquinas, que no se ponen en movimiento hasta que las circunstancias o el medio les dan impulso. Una vez en marcha, dejan bien probadas sus óptimas condiciones. Tensión grande, pero oculta: no impotencia.

Tal vez contribuyeron a su escasa actividad por entonces las agitaciones políticas de aquella época y sus aficiones a determinadas ideas a la sazón predominantes (3), y tal vez su carácter alegre

(1) *Der Bund*, 9 de marzo de 1916.

(2) Tomo parte de estos datos de las memorias íntimas escritas por el mismo Comenge y de un artículo necrológico publicado en la *Revista valenciana de Ciencias médicas*, por Frutos Rábena, seudónimo del inteligente y laborioso médico valenciano D. Faustino Barberá.

(3) Concurría asiduamente con Luis Simarro, Escuder, Morote, etc., al «Centro republicano popular» de la Plaza de San Esteban.

y sus agudezas le hacían malgastar sus energías, como escapes de vapor, en empresas de poca monta.

Ello es que, salvo cierta predilección por las llamadas letras, sentía más aversión que afecto hacia las ciencias, especialmente las matemáticas, en las cuales, lejos de brillar, se apagaba su poderosa inteligencia. ¡Quién había de decir que este mal matemático había de manejar con tanto donaire y en tan gran escala los números y las líneas!

Llegada la hora, a las nieblas densas sucedió la claridad y, poco a poco, se fué elevando el gran sol de su inteligencia para recreo y provecho de muchas gentes, para ser la salvación de millares de personas. Bien lo prueban sus trabajos en los primeros años que siguiéron a su doctorado.

El tránsito de lo mediano a lo grande, al fin fué hecho. Por una de esas coincidencias sorprendentes, aquel espíritu bullicioso y alegre se dedicó a oftalmología, en aquellos tiempos una de las más ingratas y de las más atrasadas especialidades. En ella tuvo cierto renombre, como lo tuvo luego en obstetricia y en medicina general, hasta el extremo de que fué considerado como un clínico muy experto por los compañeros madrileños.

Su prestigio fué mayor cuando le dieron el cargo de Director médico de la fábrica de tabacos de Madrid, especialísimo medio en que hubo de desplegar su poderoso talento y su espíritu caritativo por modo tan cuantioso y oportuno, que no fué para sus clientes un médico, sino el protector y el amigo. Así inició su inagotable abnegación, que le condujo más tarde, y por largo tiempo, hasta la muerte; allí empezó el «héroe vencedor de nuestras epidemias» (Pulido) y el defensor incansable de las numerosas vidas que se le confiaron.

Si algo malo había hecho, que no lo creo, desde entonces cambió de rumbo y siguió a la letra el precepto de Aristóteles: «La más necesaria de todas las ciencias es la de saber olvidar lo malo que una vez se aprendió.»

Para completar la metamorfosis que se iba operando en su espíritu, tuvo la dicha de conocer a Julia, dulce, afable, inteligente. El cambio fué completo. Nunca se pudo decir mejor que la mujer hace al hombre. Comenge fué encauzado en la buena senda. Acabaron las vaguedades, los desvíos de su corriente psíquica y quedó investido de doctor en la más grande de las Universidades sociales, en la Universidad doméstica. Un solo profesor, sin más disciplina que el cariño, lo condujo al pináculo de la gloria. Aquella buena materia caótica que ya había llegado a nebulosa bien aparente, se fué convirtiendo en astro de primera magnitud en el firmamento de la ciencia y en el firmamento de la caridad. Se realizó el milagro, en buena parte debido a la incomparable Julia. Comenge lo reconocía; por eso su cariño hacia la sin par esposa, de puro grande, colindada o penetraba en los confines de la idolatría. Con él no rezó, en este ni en ningún otro caso, el conocido pensamiento que expresan estas palabras: «El egoísmo y la envidia son vicios detestables que empequeñecen al hombre; pero la ingratitud le rebaja a tal extremo, que bien pudiera considerársele como descartado de la especie.» Comenge se mostró siempre agradecido a su esposa.

Hay hechos providenciales. Si aquella magnificencia «comengiana» se queda en Madrid, hubiera alcanzado, de haber justicia, uno de los primeros puestos, si es que no el primero, en el régimen sanitario de España; pero quiso la buena fortuna, para nosotros, que el eximio alcalde señor Rius y Tauet, que andaba en los difíciles pasos de la política y en los arriesgados y peligrosos de la Exposición Universal de Barcelona, anheloso de ir adelante en la magna tarea, se le ocurriera fundar el periódico *El Barcelonés* y confiar su dirección a Comenge, el día 17 de septiembre de 1887, a los dos meses escasos de matrimonio.

Cumplió bien su cometido como periodista y como amigo, pero sus aficiones no iban por estos senderos. Estaba más en su medio en las difíciles tareas de mirar por la salud pública, al ser nombrado Médico Auxiliar del Laboratorio microbiológico (8 de noviembre de 1877, oficio del 17); poco después Vicedirector del mismo (abril de 1888) y algo más tarde, por reformas hechas en los servicios sanitarios, Director de la Sección de Higiene práctica (30 de junio de 1891) (*Nota XII*), en las cuales o en instituciones análogas quedó vinculado para el resto de su vida.

En cerca de treinta años que ha estado entre nosotros asombra, por lo grande, por lo hermosa, por la cantidad, por la calidad, por todo lo que es digno de aplauso, la labor que ha realizado. Su bondad y su talento han engendrado ópimos frutos. Unos de estos frutos dejaron la semilla en buen terreno, otros la depositaron en medio indiferente o en medio hostil. De todos modos, los que prendieron y fructificaron harán imperecedero el nombre de Comenge. Su nombre quedará grabado en el corazón de los agradecidos y en la mente de los científicos; más tarde lo consagrará la historia al esculpirlo entre los imperecederos, entre los escasos del grupo denominado *Vir bonus, sapiendi peritus*.

Comenge resiste largos años un trabajo intensivo y de grandes responsabilidades; lucha y vence a las más cruentas epidemias; enferma de varias de ellas y las domina; es molestado por ese calamitoso grupo de los psíquicos inferiores, tan malos como pertinaces; tropieza no pocas veces con las indiferencias o con las persecuciones de las autoridades... Al fin, aquel cuerpo, tan maltratado, decae progresivamente, sin que por esto menguaran su excelsa inteligencia y su bondadoso corazón, se va acercando



a la muerte sin darse cuenta del peligro, enferma y sigue trabajando asiduamente en la poco higiénica zona donde se instaló el hospital de infecciosos, en el cual fueron aislados los enfermos de viruela. Y él que pudo más que la peste bubónica, que el cólera y quizá que la rabia, es vencido por la vulgar gripe, lo que él llamaba, con los clásicos médicos españoles, «catarro epidémico». Recorre esta infección todo su cuerpo, que no presenta resistencia alguna, se posa en el pulmón (neumonía grippal), para que no luzca nunca más su oratoria inimitable, y, reducido al silencio, apaga luego aquella poderosa inteligencia; acaba el orador y acaba el pensante egregio, y para que nada reviva, inmoviliza para siempre el corazón del hombre bueno. La muerte, tantas veces vencida por él cara a cara, se apodera subrepticamente de aquellos despojos el día 12 de enero de este año.

La victoria de la muerte fué mezquina y sin gran esfuerzo. En otro tiempo le acometió varias veces con más bríos y más nocivas armas y no pudo arrebatarlo. En el Código penal se calificaría este traidor homicidio de alevoso, premeditado y con ensañamiento. En la conciencia humana no hay calificativo posible.

Queda un vacío que no se llenará con las lágrimas inagotables de sus deudos y en especial de la inconsolable viuda, ni con la inmensa pena que sienten sus innúmeros amigos y admiradores, ni con el dolor intenso de todos los agradecidos, ni con el ambiente de tristeza que dejó en esta Academia, ni siquiera con el olvido, capaz de nivelar depresiones y alturas. Pero la muerte orgánica no es la muerte definitiva en este caso. El vive en la conciencia de todos hoy; mañana, vivirá en la historia. Tenía derecho al descanso. ¡Que lo goce eterno el sabio, el bueno, el modesto Comenge!

¡No lloremos! ¡Dejó de sufrir y de luchar! Ahora vive mejor.

### III

#### SUS OBRAS Y SUS CARGOS

Si para admirar a Comenge no quiero que nadie me pase por delante, para trazar lo que hiciera soy el último y me veo perplejo, no obstante los auxilios que he solicitado y conseguido. Declaro sin ambages que no soy capaz de hacer la crítica de sus obras, ni siquiera el inventario completo. Y no es por falta de tiempo ni de voluntad: es porque la tarea es superior a mis fuerzas. Mas dado el deseo expresado por esta Academia de que yo fuera el que hablase en nombre de ella en esta triste sesión; no cabían negativas ni siquiera titubeos: antes la derrota que la retirada. He hecho lo que he podido, no lo que quisiera y lo que Comenge merecía.

Como norma general, seguiré el orden cronológico, pero como en estos asuntos no siempre es el más oportuno, alguna vez he de abandonarlo.

Su primer cargo oficial fué el de «Auxiliar de los Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Fomento». No consta la fecha de este empleo, que cuadraría muy bien con las tendencias de Comenge. Estaba en su elemento, entre obras viejas, crónicas y pergaminos. La cosecha que fué recoleccionando, le dió materia para largos años.

Su primer folleto (1879), relativo a *Büchner*, asunto muy en boga por aquellos días, desapareció como por arte de encantamiento. Entregó el original a X., como intermediario; este murió sin dar cuenta al autor de si la impresión fué concluída. Averiguando, supo que el librero se había fugado a América y que la edición se agotó rápidamente. De ella no obtuvo recompensa alguna ni siquiera vió un ejemplar de su trabajo. Para un romano el presagio no podía ser peor. Pero Comenge no era romano.

Su primera conferencia, «Enfermedades de los reyes y médicos de Cámara», fué dada el día 12 de febrero de 1880, en la Academia médico-quirúrgica matritense, a instancias de esta prestigiosa corporación. El éxito fué grande y sirvió de base para que le estimularan reiteradamente a que escribiera sobre historia de la medicina.

Su primer periódico, el *Doctor Sangredo*, apareció en 1.º de noviembre de 1883 y duró hasta 1885. Le acompañó en esta empresa el notable médico don Felipe Ovílo, que murió hace años. Ambos fueron fundadores, propietarios y directores. El *Doctor Sangredo* fué una «Revista satírica profesional», escrita con muchísimo gracejo, suave a las veces, irónica a ratos, no poco valiente y un si es o no es iconoclasta. Por ella pasaron, en efígie fotográfica y descritos, muchos médicos españoles. Entre ellos me hizo la merced de colocarme y todavía le agradezco lo bien que me tratara.

Su primera obra fué un buen tratado de «Oncología o tratado de tumores» (1884), obra que no terminó.

Escribir en aquel tiempo, y un médico novel, un tratado de esta naturaleza, en un fatuo hubiera sido un alarde ridículo, y Comenge pisaba en firme. La prueba de ello está en que fué muy encomiada

por el único histólogo español de la época, el ilustradísimo Maestre de San Juan, mi venerado e inolvidable maestro; en que Letamendi, que aun no conocía a Comenge, salió a su defensa con motivo de una crítica algo agresiva de un señor Ramón Tarrés, a quien puso como querían dueñas, y en que Vernéuil y Ranvier, cuyas hipótesis rebatió Comenge, le escribieran confesando que tenía razón en algunas de las ideas expuestas y doliéndose del tono un poco duro que había empleado contra ciertos conceptos.

Su primer artículo, titulado «Un episodio de la historia del imperio chino», se publicó el día 1.º de mayo de 1884. Era regocijante, alegre, bien ideado y simulaba en el Oriente hechos y cosas graves en que había de por medio altísimas personalidades, médicos de gran prestigio, un parto, etc., etc.

A la par que escribía en este tono en la prensa profesional, no desatendía los impulsos de su vivacidad e ingenio; y en la prensa satírica, con o sin seudónimo, daba alegría a los unos y penas y coraje a los otros.

Pocas semanas después, 13 de julio de 1884, aparecía el primer número de un periódico médico e higiénico que fundaron Comenge y los conocidos Manuel Carreras Sanchis y Mariano González de Segovia, denominado *Boletín de la salud* y que dedicaron preferentemente al estudio del «cólera». En dicho número trató Comenge de «La primera invasión del cólera en España» y en el siguiente de la «segunda»; la «tercera» vió la luz en *El Diario médico* (agosto del mismo año).

La primera corporación médica de que formó parte fué la Academia médico-quirúrgica matritense, en la que fué Vicepresidente de Sección y un socio de los más trabajadores.

En la *Revista de la Sociedad española de higiene* (10 diciembre de 1884), publicó un artículo, «De bona valetudine conservanda», muy alabado por los médicos españoles y que mereció los honores de ser traducido al italiano y al portugués.

1885 fué un año de prueba para Comenge. En el «Ateneo antropológico de Madrid» pronunció un discurso, «Los médicos y la inquisición», que publicó *El Genio médico-quirúrgico* en el número del 15 de marzo; y otro en la «Academia médico-quirúrgica matritense», sobre «Estado floreciente de la medicina española en el siglo XVI y causas de su posterior decadencia», fijándose por modo preferente en el reino valenciano; de este discurso se ocuparon, elogiándolo, entre otros, *La Provincia* y *La Correspondencia de Valencia*. El primero de ellos sirvió luego de preámbulo al folleto «Curiosidades médicas», que contenía otros trabajos. Lo encomiaron muchos los periódicos médicos y políticos y no faltó quien dijera que «era admirable tanto saber y tan bien decir en tan pocos años.»

Por entonces también hizo la crítica de la famosa obra: «Fray Giordano Bruno y su tiempo», de Luis Paris. Apareció su trabajo en el *Diario médico* (25 de septiembre de 1885) y estaba compuesto de tal modo que llamó poderosamente la atención.

Pero en este año la gran empresa que le dió tan alto e indiscutible prestigio, fueron los trabajos relativos a la epidemia de

*Cólera de 1885*. Cuando surgió esta luctuosa epidemia, Comenge recibió el honroso y comprometido encargo de ir a estudiarla. Llevó la representación de la Academia médico-quirúrgica matritense, de otras corporaciones y de varios periódicos profesionales y políticos.

Curó muchos enfermos en Valencia y luego estudió detenidamente la inmunización anticólerica de Ferrán, tanto en la capital como en Alcira, Alcudia de Carlet, Alberique, Puzol y otros pueblos.

Pasó luego a Aranjuez, en donde enfermó del cólera. Primera embestida sería de la lucha a muerte que entablara contra las infecciones.

Los trabajos más notables que su detenido estudio produjera, fueron las conferencias de la Academia médico-quirúrgica matritense, que de esta materia fué la primera dada en la corte, en el Ateneo de Madrid y en la Facultad de Medicina. Partidario decidido de la práctica ferraniana, sobre ella hizo hincapié en sus discursos. No pocos de los oyentes quedaron convencidos de la bondad del procedimiento, y entre otras familias distinguidas inculcó a las de Avial Calvo, Capdepón, Condesa Almina, Pastor y muchos más.

También publicó en *El Siglo médico* un valioso artículo: «El doctor Ferrán en Alcira y su método profiláctico del cólera», que fué reproducido por distintos periódicos profesionales de Andalucía y de Cataluña, y extractado por varios otros franceses e ingleses, como *The London Medical Record*. De esta campaña dijo una de las mentalidades más altas de la Medicina española: «Es sencillamente admirable.»

De esta epidemia obtuvo Comenge el padecerla, trabajar mucho y gastar no poco, pues todas sus representaciones eran gratuitas, como gratuitas fueron todas las inoculaciones preventivas que practicara. Ya empezaba la gran característica social de este mártir bienhechor.

Las producciones de Comenge, en 1886, fueron su ingeniosa obrita «Curiosidades médicas», ya

mencionada, y el precioso estudio histórico «Médicos de antaño», de 48 páginas, que tan encomiado fué por la prensa, dados su aticismo y donosura. De uno y otro trabajos adquirió la Dirección general de Instrucción pública (1887) con destino a las bibliotecas, 24 ejemplares del primero y 84 del segundo, merced otorgada gracias a la aclamación pública.

Este mismo año apareció su famosa «Carta geográfica-histórica de la Medicina española», que por sí sola se bastaba a servir de sólida base a la gran reputación de Comenge.

1887. A pesar de su casamiento, de su venida a Barcelona, de la dirección de *El Barcelonés* y de los primeros cargos sanitarios que desempeñara en nuestra ciudad, no dió paz a la pluma y son de mencionar, como principales, sus trabajos «Historia de la circulación de la sangre», que tanto llamó la atención, y varias cartas, que aparecieron en *El Siglo médico*, sobre la en aquellos tiempos candente cuestión de la «rabia».

Cuando Comenge llegó a Barcelona, que fué hasta su muerte la residencia del gran hombre, había producido lo bastante para ser conceptuado como un ser excepcional, una gloria de los humanos. Tenía a la sazón sólo 33 años y había hecho muchísimo más que la inmensa mayoría de los más longevos. Pero este gran Comenge, casi un niño intelectual, para honra de nuestra ciudad, para bien de la especie y para encanto de sus amigos, había de convertirse, aquí, entre nosotros, a pesar de las contrariedades, en fuerfísimo adulto, cuya potencialidad psíquica causaba asombro cada día al conocer sus nuevos e inagotables engendros. Muchas cosas buenas hizo Rius y Tauler por Barcelona, pero tal vez ninguna más provechosa, en el terreno de la bondad, que haber decidido a Comenge a morar entre nosotros.

Ya es barcelonés. Ahora empieza a trabajar la potente máquina contra la ignorancia y la maldad. ¡Cuántas veces las venciera!

1888. Mientras preparaba una presentación de su poderío intelectual para sentar plaza de hombre de primera categoría, no de un advenedizo cualquiera, fué solicitado por el «Ateneo de Madrid» para que tomara parte en la discusión del tema que se debatía en la culta corporación. Se trataba de la «Política de Felipe II.» Su discurso fué colosal. Los aplausos iniciados en el salón de sesiones, con tanta justicia como entusiasmo, repercutieron afuera, y la prensa madrileña y la de provincias se hizo eco del triunfo obtenido por un médico.

Barcelona se preparaba gallardamente a que su Exposición universal fuese espléndida, y tal arte y voluntad puso en ello, que salió en bien de su colosal empresa. Aparte de otras manifestaciones de su poderío, de que no es del caso ocuparse, los Congresos que se celebraron fueron solemnes. El de «Ciencias médicas», presidido por el talentoso e inolvidable Rull y del que fué Secretario general, demostró ante los nacionales la valía científica de esta población y ante los extranjeros la valía científica de España. Fué un triunfo en todos conceptos. Y uno de los que más contribuyeron a ello fué Comenge.

Poco conocido todavía aquí, se hizo conocer y admirar por sus obras. Habló muchas veces y siempre bien y con deleite de los que le oímos. A poco de empezadas las tareas, aquel que andaba rezagado y temeroso, fué llevado triunfalmente a la primera fila, expuesto entre lo más selecto de los seleccionados.

Hizo, en aquel pugilato de nobles y altruistas emulaciones, un brillante papel.

Como Director accidental del Laboratorio microbiológico, pronunció un discurso sobre «Algunos hechos experimentales acerca de la rabia y el resultado de las estadísticas sobre vacunas antirrábicas en el hombre y en los animales». Al acabar, interminables y leales aplausos premiaron la docta labor; pero estos aplausos no parecieron bastante premio y no lo era en realidad. Y el Congreso, por modo unánime, acordó felicitar al Municipio, por el Instituto, y al personal del mismo, por su competencia y laboriosidad. Estas grandes recompensas son infrecuentes, que son pocos los hechos capaces de motivarlas.

En bien distinto orden de conocimientos se hizo también inolvidable. La «Historia de la Medicina catalana» y la «Carta geográfica histórica de la Medicina en Cataluña» fueron dos obras maestras, como hijas de su autor. El Congreso acordó se imprimiera, aparte de las actas, la magna comunicación y la hermosa y expresiva carta. El, a su vez, hizo más tarde una edición de la memoria y destinó los productos a los Asilos de pobres de Barcelona.

Aquel Comenge, casi desconocido y medroso, salió del Congreso de tal manera que su nombre se hizo rápidamente popular y desde aquel entonces fué reverenciado. Su pequeñez y su talento atraían a la memoria los cuerpos radioactivos: de escaso volumen y de grandiosa potencia. Todos querían ser sus amigos y todas las Corporaciones honrarse con tenerlo en su seno.

La «Academia de Higiene de Cataluña» fundada por el doctor Valentí, el doctor Queraltó y el que os habla, le nombró más tarde Presidente.

La aclimatación quedó hecha en firme. Para proceder con mayor desembarazo, abandonó la dirección de *El Barcelonés*; quizá porque no era la política *ad usum* la más apetecible, quizá porque notara hechos que repugnaban a su altura, de miras y a su incommovible honradez. En lo sucesivo

no hubo ante él más que dos caminos, tan contiguos, que por ellos podía andar al mismo tiempo: el apacible y paradisíaco hogar doméstico y la ciencia del bien en beneficio de las gentes.

1889. Da a la luz pública una buena monografía, «Los médicos de ogaño», contraste con la de «Los médicos de antaño», ambas complementarias y salpicadas de sal, de pimienta y de verdades, y «Bocetos médicos», conjunto de varias biografías, entre las cuales me honró colocando la mía, publicada en la *Sección Azul* de la *Revista de Ciencias médicas de Barcelona* y de los que hizo este periódico una lujosa edición, aparte, de sólo 100 ejemplares, para regalar a los interesados y otras personalidades e instituciones.

Este mismo año (1889) fué víctima de un gravísimo incidente. Continuando sus estudios sobre la rabia, fué mordido por un perro rabioso, a la par que una pequeña herida recibía material infectado con el mismo virus. El hecho, de un efecto moral imponente, causó en Comenge larga e intensa zozobra y horribles sufrimientos morales. Cayó en un estado de depresión psíquica lamentable, que puso en continuo sobresalto y constante angustia a sus deudos y amigos. Contaba los minutos y los días, rebuscando, hasta en los autores más extravagantes, cuánto duraba el período de incubación y cuáles eran los primeros signos del fatal padecimiento. Su *lisofobia* no fué confirmada por el tiempo, pero quedó tan quebrantado de cuerpo y alma, que parecía una ruina no recomponible. Por fortuna se fué rehaciendo lentamente y tras un largo eclipse volvió a brillar el sol con toda su potencia.

Durante 1890 siguió dedicado a sus trabajos de higiene municipal con el buen criterio que le caracterizaba.

En 1891 el Municipio de Barcelona y el Cuerpo médico municipal le delegaron para representarles en el Primer Congreso Médico-farmacéutico regional celebrado en Valencia (26 a 31 de julio). Desarrolló el tema «Algunas consideraciones acerca del virus rábico sin atenuar», en la Sección tercera, presidiendo el Dr. Salillas, tema que discutieron los doctores Aviñó y Santos Fernández. Tomó parte en la discusión de las siguientes comunicaciones: «Neuronas de la substancia gris», del doctor Ramón y Cajal (S.); «Aguas minero-medicinales», del doctor Carreras; «Estafiloma opaco», del doctor Wieden; «Traqueotomía», del doctor Ferrer Julve; «Pústula maligna», del doctor Martínez Seguí (1); «Angina diftérica», del doctor Boliches; «Epidemia de cólera de 1890 en Valencia», del doctor Sanchis Tomás. En la sesión de clausura pronunció un elocuentísimo discurso. Fué nombrado Presidente de honor de este importante Congreso.

El mismo año, tras repetidas instancias, logró se fundara el Instituto de Higiene urbana; creación en que puso todos sus entusiasmos y alientos, y del que fué nombrado Director (28 de junio). Con esta obra se adelantó a los países extranjeros, algunos de los cuales le imitaron. También logró en el mismo año, en pos de incesantes peticiones, establecer un centro de desinfección, el primero en España, en un local de San Felipe Neri; años más tarde el de «La Vinyeta», luego el de la calle de Llull y Cerdeña, en donde fué instalada la primera estufa que hubo en España del sistema moderno de Geneste, y más recientemente el de la calle Martí (Gracia), todo ideado y planeado por él, un verdadero modelo en su género, sea cualquiera el punto de vista desde el cual se le estudie (2). En proyecto tenía otro más para facilitar el servicio, dado el vasto perímetro de Barcelona. En suma, cuatro centros de desinfección y alguno más en proyecto, que no ha visto realizado.

Por entonces inició asimismo una intensa campaña antituberculosa, para la cual preparó antes al público y a las autoridades con buen número de trabajos sobre varias infecciones, especialmente la tuberculosa; campaña que no abandonó ni en la prensa ni en las prácticas sanitarias; a la par sentaba las bases científicas y procuraba ir venciendo, para el día de mañana, las dificultades burocráticas que había de encontrar en la organización de un buen servicio de policía sanitaria, de lavaderos higiénicos, de la inspección del subsuelo y algo más relacionado sobre todo con los niños.

Sus trabajos científicos más notables durante el año 1892, fueron: «La Medicina pretérita», obra repleta de erudición y de buen sentido; «La tuberculosis en Barcelona», escrita con el sano fin de preparar y hacer atrayente la campaña antituberculosa que se proponía; «La Estafeta de los muertos», hecha con la honrosa colaboración de Letamendi; «Comentarios a la Nueva Estafeta de los muertos», que tantos plácemes mereciera.

Los doctores Mascaró y Robert propusieron al Municipio, y éste aceptó (25 de junio de 1892), que fuera Comenge el encargado del discurso que había de leerse con motivo de la colocación del retrato

(1) Esta materia le dió ocasión para tratar de los trabajos que Turró había publicado hacía poco en la *Gaceta médica catalana*.

(2) Inaugurado el 8 de octubre de 1910. En él han recibido mis alumnos interesantes enseñanzas orales y prácticas.

del sabio Pedro Virgili en la galería de catalanes ilustres. Lo tituló «Apuntes para la biografía de Pedro Virgili, médico del siglo XVIII» y es una obra maestra, por no decir un prodigio científico y literario.

En medio de esta baránda de asuntos, tuvo tiempo holgado y mente sana para escribir el magno discurso de recepción en nuestra Academia, «Estudio sobre la influencia de los catalanes en la evolución y progreso de la Medicina española» (30 de diciembre de 1893), al que tuve la gloria de contestar en nombre de nuestra corporación, bien gozosa de recibir tan esclarecido consocio, al que nombró casi por modo inmediato Bibliotecario.

Tuvo tiempo también para reducir las epidemias de cólera de 1891 y 1893, combatiendo en sigilo, sin alarma de ninguna clase y sin causar perjuicios a las relaciones externas e internas de Barcelona, mediante la desinfección, que no costó poco trabajo aclimatar entre nosotros, pues ni era obligatoria a la sazón ni fué bien recibida por el público. Con su voluntad inflexible y su carácter atrayente; con la profusión de sabios y paternales consejos; con el terraplenamiento de muchos pozos, cuyas aguas infectas eran utilizadas para bebidas y otros usos domésticos, sobre todo en la Barceloneta; con la vigilancia continua de las aguas que surten a la población; con la inspección sanitaria de los viajeros que llegaban por vía terrestre; con la inspección y saneamiento de los lugares insalubres y la asidua desinfección de las cloacas; con la instalación de un lazareto en la sección marítima del Parque, que prestó muy útiles servicios... logró lo que se propuso. A pesar de los numerosos contactos de Barcelona con los puntos infectos de Europa, no fueron más de 30 los casos confirmados en nuestra capital. En honor a la verdad, he de decir que no tuvo por entonces obstáculos en sus gestiones. El Alcalde, señor Henrich, desde que tomó posesión (1.º abril de 1893), le dió amplios poderes, y si alguna vez intervino fué para robustecer con todo el prestigio y la fuerza de la autoridad las, para él indiscutibles, determinaciones de Comenge.

Debo consignar, como prueba plena del temple moral de nuestro maestro y protector, que la epidemia nos acometió por varias partes y en distintos tiempos y fué dominada en todos los puntos en que se inició, y debo consignar que, entre otras pruebas de su abnegación, para que no se burlara la vigilancia, convivió 18 días con los pasajeros del «Reina Margarita» que fueron llevados al Lazareto.

Unase a todo lo hecho y a todo lo obtenido el concepto de que en aquellos días no estaba la ciencia a la altura en que está hoy y que el público ignoraba lo que ya sabe y hasta miraba mal a los médicos que le aconsejaban limpieza y cautela.

También tuvo tiempo para organizar la inspección higiénica (médica y pedagógica) de las escuelas, establecer el censo sanitario, dar lecciones teóricas y prácticas en la Escuela de desinfectadores que fundara....

E igualmente lo tuvo para intervenir en la creación, más o menos laboriosa, de las colonias escolares, para publicar sin descanso trabajos estadísticos, para dar conferencias, para publicar artículos como aquel que apareció en *El Liberal* de Barcelona con el título de «Sublime» al conocer aquel gallardo arranque de Gernaud, quien escribió a Koch ofreciendo un brazo contra los productos de una vaca tuberculosa, como prueba notoria de que no admitía el bacilo tuberculoso. Este bacilo no era, para Comenge, un hecho bien demostrado, y si bien no lo negó en redondo, como han hecho y hacen algunos, es indudable que no le concedía la importancia que se da al tetánico, diftérico y otros, sin que esto le condujera a no aceptar el contagio de la tuberculosis, en el cual creyó siempre. Le molestaban también los procedimientos reservados de Koch (1).

En 1894 redactó el reglamento por que habían de ser reguladas las vaquerías de la capital y propuso (octubre) la reorganización del cuerpo de veterinarios municipales, cuyo reglamento también formuló, pero que no lo vió en práctica hasta 1895. Al principio estos funcionarios no tenían sueldo ni gratificación; mas persistiendo un día y otro, consiguió a la postre que los primeros fueran recompensados.

Asimismo logró este año, y no sin grandes disgustos y sinsabores, la inspección de las escuelas, que él inspiró y organizó y que abarcaba el estudio higiénico del local, el examen físico y el morbo de los niños, el aislamiento de los sospechosos y de los infectantes, etc., etc. A este servicio se destinaron 18 médicos supernumerarios bajo su dirección. De esta tentativa hablaron con elogio *La Publicidad* (mes de mayo) y *La Vanguardia* (13 de julio). Suspendido, ignoro por qué causa, el señor Collaso ordenó la rehabilitación en enero de 1898. Pero... las obras buenas, cuando no hay convicciones, duran poco.

Este mismo año fué delegado por el Municipio para estudiar el procedimiento antidiftérico de Roux, delegación gratuita, por supuesto. Desde París y luego cuando regresó, fueron muchas las

(1) Con el seudónimo Glucsan Moe y con el título «El secreto de Koch» censuraba en un periódico de Barcelona, *El Noticiero Universal*, la falta de moral médica de que adolecía el procedimiento, procedimiento que a tantos cegó, y que tantos daños hizo en los desventurados tuberculosos.

caitas suyas que aparecieron en varios periódicos médicos (*El Siglo médico*) y no médicos (1). Sus relatos y apreciaciones fueron motivo de justas alabanzas. Letamendi fué uno de los que le aplaudieron con más entusiasmo. Estos escritos tenían por título «Cartas sobre la difteria. Método Roux.»

El año 1895 tuvo Comenge un trabajo continuo para consolidar y adaptar las reformas expuestas y enseñar a sus auxiliares cuánto y cómo debían hacer; de otra parte, como el dios Jano, había de mirar con la otra cara los que le tendían lazos, acechaban... Entré otras, su labor científica más extraordinaria fué la portentosa crítica que hizo de las «Cartas sobre Pompeii», de Pi y Molist, el varón justo y sabio (2), y sobre todo su famosa *Clinica egregia*.

Una de sus labores científicas más notables en 1896, fueron las cartas sobre «Bibliografía médica» dirigidas a don Marcelino Menéndez Pelayo, que sirvieron a esta eminencia de material de enseñanza. Habían de ser seis, pero sólo aparecieron cuatro, tal vez por motivos editoriales. Figuraron en la «Sección azul» de la *Revista de ciencias médicas*.

Hizo su ingreso en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en 1896. La sesión, solemne como pocas, se efectuó en la Sala doctoral de nuestra Universidad. El tema era muy de Comenge: «Fraternidad entre la Medicina y las Letras e indicaciones de las constantes, íntimas relaciones que entre aquéllas y éstas siempre existieron y deben existir.» ¿Para qué decirlo? Este discurso de recepción fué un maravilloso tejido de ideas, de erudición y de galanura de estilo. A cuantos lo escuchamos nos pareció corto, y a fe que no lo era, y todavía andan por la memoria pensamientos y frases de aquel memorable día, que tanto nos emocionaron. Hice su crítica, elogiándolo mucho, en la *Gaceta médica catalana*.

De 1896 a 1897, sin dejar abandonado un solo punto de la extensa cantera en que trabajaba de continuo, dedicó buena parte de sus actividades al estudio experimental de nuevos medios antisépticos y desinfectantes y al modo más práctico de utilizarlos en los servicios sanitarios. Este trabajo, que había de redundar en beneficio de sus semejantes, le fué recompensado por el acaso con una grave intoxicación mercurial, que le costó la pérdida de los dientes y de algunas partes blandas de la boca y le ocasionó, sobre todo en el tubo digestivo, trastornos muy serios, que pusieron su vida en peligro. De este incidente, tardó no poco en restablecerse.

A pesar de ello publicó «La Farmacia en el siglo XIV», que le valió grandes plácemes de historiadores y farmacéuticos. Nuestro querido e independiente compañero doctor Puigpiqué, comentó y ensalzó este trabajo en su periódico *El Restaurador farmacéutico*.

1898 fué para él un año de trabajo perseverante. En *El Siglo médico* publicó «Disertaciones médicas», tan entretenidas como instructivas. Aquí, en nuestra Academia, fué el encargado—¿quién mejor?—de escribir el «Recuerdo necrológico del doctor don José de Letamendi» (25 de junio), brillante página en nuestra historia, bien digna de tan gran figura.

También prodigó toda suerte de atenciones y de cariñosos desvelos a aquellos míseros repatriados que traían en el cuerpo y en el alma toda suerte de sufrimientos. Víctimas de eso que llaman deber, parecían muertos que a las veces andaban. Comenge, como delegado del Municipio, como Director de los servicios higiénicos y, más que esto, como ángel tutelar, acogió en sus brazos a aquellos maltrechos, paganos de culpas que no cometieron. Se trató de algunos miles de hombres. Se hizo concienzudamente la desinfección de las ropas y toda clase de objetos y no hubo que lamentar el más pequeño incidente de la repatriación cubana.

Este año tuvo España y tuvo Madrid el gran honor de ser el sitio de celebración de uno de los Congresos internacionales de mayor realce e importancia, el «IX Congreso internacional de Higiene y Demografía» (abril de 1898). ¡Qué ocasión más favorable para que brillara como astro de primera magnitud, entre aquellas constelaciones de sabios, nuestro Comenge! Y brilló. Los médicos españoles quedaron a gran altura, desmintiendo con ello ese pesimismo de no pocos compatriotas, cortos de genio, cuando no de entendimiento, que sólo ven cosas buenas más allá de las fronteras y que creen que es nuestro territorio una estepa científica, próxima a ser desierto. Entre los cotérráneos, digo, sin que el cariño me impulse, que fué Comenge un número uno. Salió de aquí representando al Municipio (con los emolumentos de costumbre en él), a la Real Academia de Medicina, al Colegio de Médicos, a la Academia de Higiene, al *Restaurador farmacéutico*, a la *Gaceta médica catalana*, etc. Llevaba como bagaje científico un tesoro, metal puro, pasado varias veces por el crisol, representado por la «Orga-

(1) Entre otros, *Gil Blas*, con motivo de la información que hiciera este periódico.

(2) *Gaceta médica catalana*, septiembre y octubre de 1895.

nización y funcionamiento del Instituto de Higiene», por «Trabajos demográficos y Estadísticas sanitarias», por numerosos cuadros y mapas tan ingeniosos como bien ejecutados, y sobre todo por su talento y su modestia. El pequeño de cuerpo, fué un Congresista gigante. Vólvio tan sencillo como se fué, tan a la calla callando como se marchara y con una gran maleta llena de premios: Presidente de Sección, Primer premio, Diploma de honor de primera clase, Gran premio de honor, Medalla de oro... No caben más recompensas. Traía además la admiración de los sabios, los aplausos de todos, la gratitud de los que enseñara. Volvieron también con él su modestia y el deseo de más y más trabajo, que no era de los que duermen a la sombra de los laureles.

El «Repertorio de Manresa», curiosa e interesante monografía, fué publicado por él en 1899.

Este mismo año celebró nuestra Academia (30 de diciembre) una sesión necrológica dedicada al insigne físico y médico Salvá y Campillo. Trataron de él como inventor, el doctor Escriche, en representación de la Real Academia de Ciencias y Artes; como clínico el doctor Robert, en nombre de la Facultad de Medicina, y desde el punto de vista histórico, «Salvá y su tiempo», el doctor Comenge, delegado por esta Academia. ¿Quién otro podía ser? Tres discursos notabilísimos. No caigo en la mala tentación de compararlos. Impresos fueron luego; que lo haga el que quiera.

«La mortalidad infantil de Barcelona» (1900) fué una labor hermosa, capaz de despertar la conciencia de muchas gentes que la tienen dormida.

En el número extraordinario que dedicara *El Noticiero Universal* (27 de septiembre de 1901), suscribe Comenge un sentido escrito, «Remember», como homenaje al eximio ciudadano Rius y Taulet.

Su hermosa obra «Euforia social», fué editada en 1902.

En la velada necrológica que dedicara nuestra Academia en honor del eminente clínico Robert, Comenge tuvo a su cargo el discurso.

El Gobernador civil señor Manzano le nombró (octubre), Delegado extraordinario para estudiar y remediar la situación sanitaria de Sampedor, que era poco satisfactoria. Realizó su cometido con el celo e inteligencia que eran de esperar.

Este mismo año le fué confiado, como a otras notabilidades de Barcelona, el peritaje relativo a un célebre y ruidoso asunto médico-legal. Esto le permitió, junto con los señores Brocá y Doménech, visitar el famoso castillo de Perelada, en el que hizo interesantes investigaciones.

En 30 de enero de 1903 dió una prueba grande de sus aptitudes. El académico que en esta casa había de leer el discurso de la sesión inaugural, renunció al cargo y Comenge le substituyó. En brevísimos días lo tuvo terminado, tan breves que apenas si había tiempo material para escribirlo, dadas las numerosas y urgentes ocupaciones que le asediaban. Trató del «Criterio médico en la Historia», y su oración, casi improvisada, fué brillantísima.

Su poderoso filón intelectual exigía pocas labores para grandes rendimientos y los materiales extraídos tenían tal pureza que no eran precisas penosas purificaciones. Así se comprende tanta prontitud.

Esto no fué óbice para que salieran, uno tras otro, en breve plazo, los siguientes trabajos: «Gráficos sobre la evolución médica universal», «Escenas médicas», «Narraciones y episodios profesionales» «Historia de la sífilis», que fué publicada en *Janus* y en la *Gaceta médica catalana*, y «El Rey don Martín, Consejero médico», que vió la luz en la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*.

He hablado de *Janus*, de ese valioso periódico, cuyo subtítulo era «Revue internationale pour l'histoire de la Médecine et de la Géographie médicale», dirigido por el profesor Peypers y que aparecía en Amsterdam. El catedrático Max Neuburger, de Viena, publicó un largo artículo laudatorio sobre los trabajos de Comenge, artículo bien comentado por nuestro compañero Turró (*El Liberal*, de Barcelona, 27 de abril de 1904), a la par que daba cuenta de lo que apareció en dicho periódico, suscrito por Comenge; también fué muy ensalzado por Fritz. Ya estaban medio abiertas las puertas de las fronteras para nuestro excelso amigo: desde entonces quedaron de par en par (1). En este periódico constan (1903-1904) tres trabajos de Comenge: «Contribution à l'étude de l'histoire de la Médecine dans le royaume d'Aragon, Moyen Age» (15 de octubre y 15 de noviembre de 1903); «Munificencia de los reyes de Aragón para con sus archiatros» (en francés) y «Origen e historia de la sífilis» (en francés y a la par en español, en *Gaceta médica catalana*). Con estos trabajos, que tuvieron tanta resonancia y tantos elogios merecieron, la fama mundial del autor, ya grande, quedó definitivamente consolidada.

(1) Véase las Notas V, VI y VII.

Son también suyos el trabajo «La Medicina en el reinado de Alfonso XV» (1904) y la traducción del «Tratado de Medicina legal y de Toxicología» de Vibert (dos tomos), al que puso un prólogo exquisito y al que adicionó buen número de notas y cuanto era necesario saber de la legislación española vigente (1903-1904).

Pertencen a este último año una comunicación a la «Real Academia de Buenas letras de Barcelona», titulada «Historia de la Medicina.—Mercedes y donaciones a los archiatros del Reino de Aragón», leída el 14 de febrero y reproducida por el *Protocolo médico forense*, de Teruel (mes de marzo).

En 20 de agosto de 1904 llamó seriamente la atención de las autoridades y del público sobre la epidemia permanente y la posible epidemia de fiebre tifoidea. Sus consejos cayeron en campo estéril, y los miles de víctimas que ha producido y produce esta infección son debidos a no haberle escuchado.

Uno de los festejos que acordara el Municipio, la colocación del primer sillar para construir un «Establecimiento destinado a baños y lavaderos higiénicos para los pobres», fué celebrado el día 29 de septiembre. Comenge, autor del pensamiento, tuvo a su cargo el discurso: «Por la Higiene local». El sillar quedó enterrado, el discurso fué impreso, pero el Establecimiento por que tanto se afanara, ni se hizo ni lleva visos de hacerse. ¿Quién se acuerda aquí de las cosas útiles?

En colaboración con el ilustrado doctor Raduá publicó varios artículos sobre «La vida obrera en Barcelona» en la *Higiene práctica*, de Madrid.

Prosiguiendo sus consejos al público para luchar contra la tuberculosis, le dirigió un artículo desde *El Correo de Valencia* (23 de febrero de 1905), con el título «Contra la tisis», y otro desde *La Tribuna de Barcelona* (11 de marzo), con el de «Sangría suelta».

En 31 de mayo apareció en la *Gaceta médica catalana* un trabajo: «Nuevos documentos relativos a la historia de la medicina en el Reino de Aragón», de gran valor histórico.

La Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona le encomendó llevar la voz de la corporación en la solemne fiesta que celebrara en honor a Cervantes. Su magno discurso «Cervantes y la Medicina» es una joya literaria de gran precio.

Por el mismo año publicó su magna obra «De Re bibliográfica» y ese preciosísimo libro «Generación y crianza o Higiene de la familia», valioso catecismo del hogar doméstico, de asombroso éxito y que ahora va reproduciendo con buen acierto *La Higiene para todos* (1916).

También apareció el interesante estudio «Un higienista en el siglo XVI».

Como si todo lo expuesto no fuera bastante, este mismo año de 1905 empiezan a aparecer en Barcelona varios brotes sucesivos de *peste-bubónica*. Se le confió el difícilísimo cargo de atajar la epidemia incipiente. Comenge era el único capaz de realizar este semi-milagro, dadas las pésimas condiciones higiénicas de la capital y sus frecuentes relaciones con varios puntos contaminados. Y lo realizó trabajando con actividad febril, dejando, en miserables tabucos y en toda suerte de lugares hediondos y mortíferos, girones de su vida, sin que nadie se enterase, para evitar daños a la ciudad y no contando con todos los recursos que la ciencia y la caridad demandan. Lo hizo sin jactancia, en pleno sigilo, sin recompensa y quizá sin producir el agradecimiento que merecía.

Algunas palabras sobre esta epidemia, que bien lo merece el que la venciera (1).

A principios de julio de 1905 circuló por toda Europa el rumor de que en Barcelona existía la peste bubónica en forma epidémica. No era infundado por completo. Cayó enfermo el hoy médico forense doctor Cercós y a los pocos días la criada que le cuidaba (ésta murió). Los peritísimos Calleja y Turró no se atrevían a afirmar la existencia de la infección por los caracteres del bacilo; los cultivos y las inoculaciones no fueron bastante demostrativos. Hacia el 25 del mismo mes el material de cuatro autopsias más y las inoculaciones en ratas no fueron bien explícitos tampoco; pero al fin se dió con el bacilo en uno de éstos y luego no cupo duda alguna respecto al encontrado en los esputos y en los bubones de un caso de pulmonía fulminante.

Mientras esto ocurría en el laboratorio, Comenge, con gran reserva, averiguó que el doctor Cercós había hecho en 18 de junio la autopsia de una mujer, muerta en una miserable choza de la barriada de Hostafranchs, y que le pareció sucumbiera a la forma neumónica de la peste. En esta misma choza enfermaron la madre, una hermana y una niña, de una dolencia sospechosa, pero todas curaron. No lejos de esta choza fueron atacadas cinco personas, toda la familia, de las cuales fallecieron dos niños con pulmonía e infartos ganglionares. En estas investigaciones desplegó Comenge una gran energía y entendimiento, pues los supervivientes lo negaban todo con una tenacidad que sólo aquél supo vencer.

No se pudo averiguar si este fué el foco inicial ni de donde procedía. Probablemente fueron Egipto, la India o el Indostán, a la sazón infectos, los puntos de exportación patógena.

(1) Tomo alguno de los datos de un artículo de nuestro Turró: «Die Pestepidemie in Barcelona» publicado el 15 de mayo de 1907 en *Deutsche Aerztezeitung* y traducido por el cuito médico militar Dr. Pedro Ferreras, previa revisión del autor, para la *Revista Pasteur*, julio de 1907.



Más tarde se dió con otros focos en la misma barriada.

Puesto en conocimiento de la superioridad el hecho, el Gobierno nombró a Comenge Delegado extraordinario para la capital y luego para la provincia (24 de enero de 1906). Tal trabajó, que el Gobierno le felicitó por su obra y la Junta provincial y municipal aprobó cuanto había hecho y acordó además otorgarle un voto de gracias y solicitar para él una elevada recompensa, que todavía no ha llegado.

Fué el alma y el cuerpo de todas las medidas preventivas. Su lucha tuvo caracteres de titánica. Visitó a todos los enfermos, les aisló, desinfectó todo cuanto infundió sospechas, quemó ropas, montones de basura, chozas y otras viviendas con las compensaciones consiguientes. Parecía todo dominado en agosto, pero se reprodujo, o entró de nuevo, en octubre, creció en enero y entonces las medidas fueron todavía más radicales y más extensas. En abril cesó por completo. Bien averiguado, hubo unos 80 casos. Hubo de oponerse en este largo combate a la ira de los analfabetos, y hubo de luchar con el personal a sus órdenes y no pocas veces con la falta de material. Corrió gravísimos peligros de toda suerte sin la más pequeña vacilación, y, por si esto era poco, la peste entró en su cuerpo. Menos mal que no pudo con él, como tampoco pudieron los hombres y las circunstancias.

Barcelona le debió su salvación y no ha estado ciertamente a la altura a que se colocó el bienhechor. ¡Qué no tengan nunca los higienistas en cuenta estas ingratitudes para sacrificarse por el bien común! ¡Hoy por hoy no es de este mundo el reino de los higienistas! Día llegará en que abunden más la inteligencia y los sentimientos altruistas.

Parecía preciso el descanso después de tan larga y briosa contienda; pero el descanso estuvo representado por la aparición de dos nuevos frutos de la inteligencia de Comenge en 1906: «La Medicina en el Reino de Aragón», con nuevos e interesantes detalles sobre los archiatros, y «Antisepsia».

Como si esto no fuera bastante, le encomendaron el estudio de la epidemia de viruela, que hacía algunos meses reinaba en San Cugat del Vallés, y los medios más oportunos para dominarla. El 12 de abril reunió la Junta de Sanidad en las Casas consistoriales, escuchó el parecer de los médicos y expuso las medidas más útiles en su concepto para acabar con el azote. Esta vez, como otras, el éxito pronto fué el premio. Pero Comenge había de hacer algo más: renunciar, a favor del Municipio, los honorarios que le correspondían, para socorrer con ellos a las familias más necesitadas.

*Epidemia de peste bubónica de Santa Cruz de Tenerife* (1). Al ser nombrado (diciembre de 1906) Pulido Subsecretario de Gobernación, siendo Ministro el Conde de Romanones, supo por éste la situación grave de Canarias, motivada por la peste bubónica, no sólo desde el punto de vista sanitario, sino de las relaciones de unas islas con otras, de las cuestiones mercantiles de América, de un inquietante espíritu de insubordinación y de un desquiciamiento del poder de las autoridades. Algo así como un caos, que exigía a toda prisa salud y orden. Pulido tuvo la buena idea de acordarse del «fogueado» Comenge, le llamó por telégrafo a Madrid, le convenció, invocando la sincera amistad que les unía, para que aceptara el cargo de Delegado extraordinario con atribuciones completas, incluso la de tener a sus órdenes a las autoridades. «Se le exigió que lo dejara todo, *todo*; sus compromisos, sus intereses, su familia y su cargo de Jefe de servicio en la Higiene municipal de Barcelona» (Pulido). Como se pudo, se llegó a reunir ¡¡¡5,000 pesetas!!! para gastos, que le fueron entregadas el día 10 de diciembre y el 18 desembarcaba en Santa Cruz de Tenerife, en unión del nuevo Gobernador y del Secretario del Gobierno. Allí fué sin preparativo de ninguna clase.

El trabajo de Comenge es indescriptible. Buscó uno por uno los invadidos, muchos de ellos refugiados en cuevas y chozas, o escondidos; les asistió como médico y como protector; organizó sitios de aislamiento; adquirió y empleó gratis los medios inmunizantes específicos; presenció las autopsias y enterramientos; pronunció no pocos discursos y escribió numerosos artículos para calmar las pasiones y levantar los ánimos decaídos; emprendió una intensa campaña muricida; hizo entrar en el ánimo de todos la necesidad de las prácticas de desinfección y de la limpieza personal; mantuvo relaciones constantes con la superioridad, a la que daba cuenta diaria de sus actos y del curso de la epidemia... Lo inconcebible. Estaba enfermizo, rendido, lejos de los suyos, de su apacible hogar, ante peligros microbianos y otros... Cuando ya no tenía nada más que dar y con su tesón y habilidad había conjurado lo más duro de la tormenta, se acordó de las 5,000 pesetas y las entregó al Municipio, cuyos recursos estaban agotados, para que las empleara en los pobres. No cabe mayor grandeza de alma. El que vivía penosamente de su trabajo, dió sus emolumentos. ¡Cuántos potentados huirían, olvidando a los menesterosos que abandonaban! La conducta de Comenge no tiene igual.

Hizo más aún. Quiso dejar como recuerdo de su campaña un Instituto de lactancia a modo de «Gota de leche» y, recurriendo al altruismo de lo más selecto y pudiente, organizó para ello una tómbola.

(1) El Dr. Pulido en su discurso de contestación al Dr. Mariscal y García cuando éste ingresó en la Real Academia de Medicina de Madrid (8 de febrero de 1914) ha descrito (pág. 231-235), como él sabe hacerlo, la actuación de Comenge en esta epidemia y algunas de las consecuencias de ella.

Y como no tenía dinero, que todo lo había entregado, dió el hermoso ejemplo de regalar el reloj, la cadena y el alfiler de corbata, únicas joyas que poseía, cariñosos recuerdos de familia, para lotes del sorteo. No hizo el donativo de su vida, porque ya lo había hecho al salir del Ministerio de Gobernación. La providencia no quiso aceptarla todavía. Este Instituto lleva hoy el nombre de Comenge y fué inaugurado el 23 de enero de 1907.

La población de Santa Cruz sintió con vehemencia la conducta de Comenge. Tal vez no se le haya tributado a médico alguno una despedida más cariñosa ni más sentida (*Nota XIII*). El tributo al talento y a la abnegación es inenarrable. Todos los corazones latieron de gratitud por lo que había hecho, de pena porque se iba. Horas antes del embarque las gentes llenaron la calle en que moraba, y repleta ésta se desbordaron por el trayecto que había de seguir y por los alrededores del puerto y muelle. Le obligaron, antes de salir del hotel, entre estruendosos aplausos y vivas, a salir al balcón varias veces y a que hablara, y los aplausos y los vivas siguieron hasta el momento de partir, acompañados de la agitación de los pañuelos, de los cánticos, de las lluvias de flores, y lo que es más hermoso, de las lágrimas de gratitud de todo un pueblo. Y cuando en la cubierta del vapor *Hespérides* miró en torno suyo, aquel entusiasmado semillero humano seguía tributándole el homenaje más puro y más cálido, con todas las energías de los pueblos meridionales. Y cuando el vapor se fué alejando, todavía quedaron estáticos los de tierra y buen número de lanchas y otros barcos engalanados siguieron largo rato la ruta del vapor, como si los tripulantes y pasajeros quisieran alcanzarlo para conducirlo triunfalmente de nuevo a Santa Cruz. Comenge debió decir, como Carolina Coronado: «Se va mi cuerpo, pero yo me quedo.» Aun vibran en el corazón de los isleños la gratitud y la admiración al Comenge sin par.

Perdida la visión del vapor, se dirigieron varios telegramas a la esposa y al hijo (*Nota XIV*) y un sentido mensaje (*Nota XV*).

La carta de despedida de Comenge es sentida y elocuente. Debe ser divulgada (*Nota XVI*).

Allá y acá, la prensa médica y no médica (1) rindió limpio y noble homenaje al que volvía vencedor. Lacierva, reciente ministro de Gobernación (2), ordenó telegráficamente al gobernador de Cádiz que le visitara y felicitara en nombre del Gobierno. En el Ministerio y en el salón de conferencias las alabanzas abundaron, como abundaron en labios y escritos de Pulido y en los votos de gracias que el Gobierno y los Inspectores generales de Sanidad le otorgaron, como más tarde en el Senado resonaron nítidos y entusiastas los conceptos que sobre él formulara aquel Secretario que indujo a Comenge a emprender su viaje (*Nota XVII*).

Cuando regresó a Barcelona, supo la hazaña que con él había hecho la burocracia municipal, y sus arrabales. Hablaré de ella en las *Recompensas*.

En 1907 apareció la segunda edición de «Escenas médicas». Parece, comparada con la labor de otros años, que su fecundidad decrecía. Ya veremos que no. Pero Comenge fué presa de un contratiempo tremendo, que a poco más no le conduce a la tumba. Este fué uno de los *agasajos con que le obsequiaron* los muy inferiores a él en inteligencia y en sentimentalismo. A poco no mata Caín a Abel.

Con motivo de la epidemia de Canarias escribió la célebre monografía «La peste en el siglo XX, Cartas loémicas» y también su notabilísima «Historia de la Medicina en Cataluña», durante el año 1908.

El 28 de octubre leyó una comunicación, «Antropología escolar», en el Congreso de Zaragoza de la Asociación española para el progreso de las Ciencias.

Ya ha vuelto a su actividad y al invento de instituciones y prácticas útiles. Hablo de las *colonias escolares*, de las cuales fué alma y aliento, director, seleccionador de niños y de lugares, compilador de datos antropométricos, historiador, el verbo de la buena obra en una palabra. En 1908 inspeccionó todos los niños antes y después de la partida, y lo mismo hizo en años posteriores. El 29 de julio de 1910, en el salón de Juntas del Palacio de Bellas Artes y bajo la presidencia del ilustrado concejal don Manuel Morales Pareja, desarrolló el tema «Colonias escolares»; a estas conferencias asistieron las Directoras y Directores de las Escuelas Municipales y numeroso público. Las Memorias sintéticas que publicara, año por año, verdaderas joyas por los conceptos, el *modus dicendi* y los trabajos gráficos, fueron impresas y aplaudidas. El ejemplo de Barcelona sirvió de estímulo para organizar las de Santa Cruz de Tenerife, como homenaje a su bienhechor. El *Progreso* de dicha capital publicó un artículo encomiástico (8 de noviembre de 1909).

El 5 de abril da una conferencia en la «Academia médico-farmacéutica de Barcelona» sobre «Rela-

(1) Uno de los artículos más encomiásticos sobre lo que hizo Comenge y lo que valía, fué firmado por Juan Frau Rey. *El Tiempo*, de 10 de octubre de 1907, publicó otro muy laudatorio.

(2) Comenge llegó a Madrid el 16 de febrero y se encontró con el cambio de situación política.

ciones entre la pedagogía y la medicina», encaminada a estrechar, en bien de los niños, los lazos de unión entre los maestros y los médicos; conferencia reproducida por *El Progreso escolar* (5 de mayo) y otros periódicos.

De 1908 a 1909 publicó varios trabajos relativos a «Diagnóstico psicológico de los niños».

Contra toda mi voluntad y mi conveniencia me encontraba en la penosa andanza de organizar el «Primer Congreso español internacional de la tuberculosis». Hubo para todos los cargos innumerables aspirantes, que me asediaban sin reposo, y tal fué la complicación que produjeron, que corté el nudo gordiano, prescindiendo de los solicitantes y yendo en busca de los que nada solicitaron. Pensé en Comenge. ¡Qué honor para mí y para el Congreso, de poderlo tener a mi lado! Pero me daba pena hacerle trabajar más todavía. En estos vaivenes entre la conveniencia y la amistad, vacilaba. Quiso el acaso que un día lo encontrara en el despacho de la Alcaldía, a la sazón desempeñada por el caballero y culto Roig y Bergadá. Hablaba yo con el Presidente del Ayuntamiento de lo que podría hacerse en pro de los congresistas. Salimos juntos Comenge y yo, y continuando el asunto, me dijo con cierta dulce ironía: «Como yo ando por sitios tan sucios y tan infectos, los conozco un poco; tendrá usted mucho que hacer para desinfectar su obra.» «Pues si de desinfectar se trata, ¿quién mejor que usted, el desinfectador máximo de España y de sus islas? Cuento con usted.»—«Aceptado.»—Y medió en broma, medio en serio, quedó nombrado Presidente de la Sección X, «Higiene y Acción Social», vasto y adecuado campo para sus tendencias y sus probadas aptitudes. El, como los demás Presidentes, organizó con libertad completa su Sección, y por cierto que realizó su obra maravillosamente, por la materia total, las personas y el cuestionario.

Se encargó de varios temas oficiales, cuyo enunciado revela bien su importancia: «Geografía histórica de la tuberculosis. Estudio sintético mundial con demostraciones gráficas.» «¿Existen semejanzas evolutivas entre las grandes epidemias y la difusión de la tuberculosis? Estudio en un país o nación, con trabajos numerales.» «Debilidad infantil. Concepto uniforme; procedimientos varios de remediarla para restar campo a la simiente tuberculosa.» Comenge estuvo más alto en el desarrollo de sus tesis que cuanto de él se esperaba, y se esperaba mucho. La Sección quedó absorta ante tal magnificencia, ante tan grandiosa gentileza científica, por modo tan admirable expuesta. Los trabajos gráficos son gallardos por lo ingeniosos y por lo correctos. Escuchó aplausos de continuo de los nacionales y de los extranjeros, y el día en que él hablaba la gran aula era pequeña.

Su discurso inaugural de los trabajos de la Sección, las discusiones en que tomó parte, las ponencias accidentales en que interviniera, fueron una serie de triunfos no interrumpida. Como Presidente de los jurados para premios demostró su justicia y sus conocimientos. Como expresión sintética y sin ofensa para nadie, se puede decir que fué el congresista más sobresaliente.

Obtuvo cuanto podía dársele: medalla de oro, diploma de honor, Presidencia de honor, y lo que más vale: la admiración y el respetuoso cariño de todos y la gratitud de cuantos tomamos a pechos salir adelante en la titánica tarea, y por modo especial la mía que existirá mientras viva.

Tal fué la labor científica de Comenge en 1910.

La epidemia de cólera, las epidemias quizá sea más exacto, de 1911, aparte de sus acometidas en Vendrell, Villanueva y Geltrú y otros puntos de las provincias de Tarragona y Barcelona, repercutió (agosto) en nuestra capital. Empezó en el convento asilo de monjas establecido en la barriada de Gracia. Don Eloy Bejarano, entonces Inspector general de Sanidad interior, dió a Comenge el encargo, reservado, de dominar la epidemia, y Comenge lo hizo, a pesar de haber ido apareciendo varios brotes en las calles de Gerona, San Rafael, Santiago, Frasser, Botella y otras, en la siempre contaminable Barceloneta, etc.; es decir, por muchos puntos se incendiaba el montón de material combustible. Procedió en silencio, sin alarmas, con escaso material, con pocos recursos, con gran economía y sin motivar protestas de ninguna suerte. A su cargo de director del ataque unió el de poner en práctica los más humildes servicios: llevaba los enfermos en brazos para ser colocados en un coche o en una camilla, conducir cadáveres al cementerio, y él, sin medios de fortuna, dió a los necesitados su escaso dinero y hasta sus ropas. La epidemia acabó en noviembre, no fué declarada oficialmente su existencia, casi nadie se enteró de ella y no produjo gran número de víctimas. La Junta provincial de Sanidad le otorgó unánimemente un voto de gracias, bien merecido, por su ciencia y por su conducta.

En el «Instituto médico-social de Cataluña» dió varias conferencias: «Razones que explican la intervención de la Medicina en la vida del Estado», en 14 de mayo. «Comentarios al progreso médico-social. Índice de lo que falta hacer en Higiene social y Medicina política. Causas y remedios del analfabetismo, peste social»; y en junio de 1912 «La mujer de Barcelona», con interesantes cuadros gráficos de gran valor objetivo.\*

Al prestigioso don Carlos Cortezo escribió unas «Cartas histórico-sanitarias», que vieron la luz

pública en *El Siglo médico* (mes de agosto); y en el Ateneo enciclopédico popular de Barcelona pronunció dos discursos sobre «Geografía histórica del cólera».

Como Delegado de la Comisión provincial de la Cruz Roja de Barcelona y en representación del Presidente de la misma, concurrió a la «Fiesta de amor al prójimo» que organizara Max Bembo y que fué celebrada en el Ateneo Barcelonés el 18 de octubre de 1913.

Llegan dos años malos para nuestra ciudad, 1914 y 1915, obscurecidos por la *peste* y por la *fiebre tifoidea*.

Hacia agosto de 1914 aparecen varios focos de peste, más maligna y mortífera que en otras ocasiones, que se instalan en las calles de Piqué, Conde del Asalto y algunas más.

Por sí y por las barriadas y gentes en que se iniciara, el peligro era muy serio. Sin Comenge no sé a donde hubiéramos ido a parar. Con su sagacidad y reserva habituales acometió la peligrosa y difícil empresa de oponerse a la extensión del mal y a domeñarlo. Procedió al aislamiento de los enfermos y de los sospechosos; a la desinfección más extremada mediante agentes químicos denominables ultramicrobicidas por su gran potencia; a quemar en tiempo oportuno cuanto constituía un peligro o amenazaba serlo; a usar profusamente por vez primera en España los pulicidas y muricidas más activos, logrando con trampas, venenos y virus matar millones de ratas; a inmunizar contra la infección (la llamada vacuna antipestosa, proporcionada casi toda por el Instituto de Higiene de Alfonso XII, primera vez que se usara en grande en la península), a unos 8,000 individuos, los más expuestos al contagio, gente de todas cataduras (traperos, mozos de cuerda, carreteros, empleados en el servicio de higiene y de cloacas, obreros de ciertas fábricas, parientes, vecinos o amigos de los enfermos y de los sospechosos, etc.), y respecto a los cuales empleó todo su talento, como ya queda dicho, para vencer rebeldías, insensateces y preocupaciones, incluso dar él y su familia el ejemplo; rogarles y convencerles, ir a sus domicilios, inyectar a las horas que quisieran, pagar el coche que lo llevaba, hacer donativos, etc. El éxito fué completo y rápido. Los focos se extinguieron en breve plazo y sólo hubo algunos casos sueltos que fueron apareciendo como muestra de la siembra que se había hecho de la semilla morbosa, casos que se diluyeron en el lapso de unas pocas semanas.

Todo esto fué realizado sin gravamen para el Municipio. La Inspección general de Sanidad interior, la Alcaldía, la Real Academia de Medicina, etc., le expresaron su reconocimiento.

La epidemia de fiebre tifoidea fué advertida, inútilmente, por Comenge. La mayor mortalidad producida por esta endemia y su mayor fijeza hacia el N. E. de la ciudad no le pasaron inadvertidas, pero no estaba en sus manos el remediarlo.

Cuando estalló, hizo algo más que ilustrar con sus consejos y palabras las juntas y reuniones sanitarias. Organizó un vasto servicio higiénico: brigadas sanitarias, desinfección de las aguas, de las conducciones, de los depósitos de viviendas y de las fuentes alimentadas con aguas de Moncada; distribución a domicilio de desinfectantes con gran prudencia y orden, pues no sobran en el mercado; saneamiento de habitaciones en que había o hubo enfermos y de las que estaban desocupadas; desinfección de las ropas que eran (y son) transportadas fuera de Barcelona para el lavado; purificación de las ropas que se venden en las ropavejerías; donativos suyos de dinero y ropas a los más necesitados; traslado de enfermos a hospitales y lazaretos... Todo ello realizado con energía y con todo el sigilo posible, bajo su constante vigilancia. Comenge desempeñó su misión con la voluntad e inteligencia de siempre, pero tal vez con poco desembarazo por dificultades burocráticas y por otros obstáculos, que todos conocemos, y que ignoro si han sido ya allanados.

Como observación notabilísima de Comenge, debo consignar que los inmunizados contra la peste bubónica no dieron contingente a la estadística de fiebre tifoidea. Casualidad o causalidad (¿quién sabe?), que debe ser estudiada con cuidado (1).

Como secuela inevitable de esfuerzos tan prolongados y difíciles; cayó gravemente enfermo, y enfermo estuvo desde mediados de enero hasta mediados, o un poco más, de febrero de 1915. Salíó en bien del lance, pero quedó todavía más menguada su resistencia orgánica, presta a romperse con un mediano golpe.

En cuanto pudo enderezarse a medias, trabajó, hasta conseguirlo (1915), se destinasen unos terrenos cercanos a casa Rabia (Las Corts) para establecer en ellos otro centro de desinfección y un Museo de Higiene; con lo cual completaba uno de sus planes encaminados a la organización completa de los servicios sanitarios de Barcelona.

Por esta misma época exhumó las célebres cartas del ilustre don Francisco Pigullem. Son seis, y

(1) Véase para más detalles su artículo «¿Quosque tandem?», publicado en la *Gaceta médica catalana* (1915) y en la edición «La epidemia de fiebre tifoidea de Barcelona, hecha por este periódico».

la última tiene la fecha de 12 de junio de 1801. El título es: «La vacuna en España o cartas familiares sobre esta nueva inoculación a la señora \*\*\*.» Las presentó a la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, que las acogió con agradecimiento y que acordó publicarlas, y luego a nuestra Academia en 27 de marzo de 1915. También esta Corporación tomó el acuerdo de imprimirlas, y para esta tirada escribió Comenge un prólogo muy oportuno y digno de alabanza. La edición de la Academia no tiene consignada la fecha en que apareciera.

A fines de 1915 fué nombrado Jefe interino del Cuerpo médico municipal. ¡Cuántas buenas obras hubiera realizado!

Durante todos los años mencionados ha batallado sin tregua contra el permanente estado infeccioso de Barcelona, población que, por desidias imperdonables, paga un exceso de tributo a la muerte. A las tareas higiénicas que quedan señaladas en los párrafos anteriores, se ha de añadir el trabajo continuo contra la fiebre tifoidea, la viruela, los brotes de difteria y alguna vez de tifus exantemático, el sarampión, la escarlatina, la grippe; además se preparaba, y algo había ya hecho, para la profilaxia de padecimientos exóticos, ante los cuales Barcelona no ofrece resistencia ni defensa alguna.

Otras obras. A Comenge se debe la iniciativa y la evolución del servicio higiénico de Barcelona; la implantación de las desinfecciones domiciliarias, difíciles y no exentas de riesgos; el enjalbegamiento antiséptico de las cosas más nocivas; el riego antiséptico de las calles, de que fué una grata sorpresa ese mismo riego hecho, además, con substancias aromáticas en las calles que había de recorrer una procesión del Corpus, idea que dió motivo a grandes encomios; el estudio sanitario de las barriadas de Barcelona para llegar al de toda la urbe; y ¡cuántas cosas más le debe la población condal! Su higiene urbana, anterior a la de otras capitales extranjeras, fué un modelo, a pesar de tantas insidias, penurias y valladares, de un escaso presupuesto y de un reducido personal. ¡No hubo que indemnizar ni un céntimo ni por deterioro ni por extravío!

He narrado algo de lo hecho por Comenge. Si fué largo lo hasta aquí escrito, se debe a la enorme abundancia de la producción. A pesar de esa longitud, queda mucho por decir. Pongo a continuación, a modo de lista, algo de lo que resta.

Otros trabajos:

«El Lenguaje.» Artículo.

«Socialismo bienhechor.» Varios artículos.

«La Medicina en tiempos de Nerón.» Artículo.

«Historia clínica de doña Juana la Loca.» Artículo.

«Evolución del arte de curar, principalmente en lo que a moral se refiere.» Discurso inaugural en la Academia del Cuerpo médico municipal de Barcelona.

«Historia de la Medicina española en el siglo XIX.»—Primer tomo. (1904), Magna obra por lo vasto del plan, los numerosos datos y la serenidad de los juicios.

«Influencia de los catalanes en la evolución médica mundial.» Discurso.

«Comentarios al progreso médico-social.» Discurso.

Multitud de folletines en «*El Siglo médico*».

Centenares de artículos, de informes y proyectos.

Centenares también de críticas como redactor o colaborador de varios periódicos. En el mío era el crítico de todo lo de higiene.

Todavía no termina la relación, y digo otra vez que no es completa la que yo hago, ni en el concepto de sus producciones ni en el de los cargos que desempeñara.

Reuniendo, para mayor brevedad, los datos del uno y del otro concepto, consigno los que siguen:

En la Junta provincial de Reformas sociales, de la que era vocal técnico, redactó informes de tanto mérito sobre el mejoramiento de las clases obreras, condiciones del trabajo, horas que a él debiera dedicarse, etc., que motivaron que dicha Junta pidiera al Gobierno, le otorgara una recompensa, que pudiera ser la Encomienda de número de Carlos III, libre de gastos, puesto que ya era Comendador de la orden de Alfonso XII.

Dirigió, desde que fué fundada, la Sección de Higiene de Barcelona.

Ejerció el cargo de Subdelegado de Medicina de esta capital.

En la Junta de Prisiones colaboró no poco en pro del bienestar y de la mejor alimentación de los reclusos. De ella fué vocal.

En la Academia de Higiene de Cataluña ha hecho sentir sus conocimientos. Obtuvo los cargos de Presidente y de Presidente de honor.

Se le designó como Presidente de honor del Primer Congreso regional de Cataluña.

Actuó de Presidente o Vocal de varias comisiones y jurados de oposiciones.

Presidió la Academia del Cuerpo Médico municipal (1910) por voto unánime.

Era socio de las Reales Academias de Medicina de Madrid, de la sevillana de Buenas Letras, de la Academia imperial de estudios naturales y de otras muchas, científicas y literarias, nacionales y extranjeras.

La Sociedad antropológica española le nombró socio de honor.

En la Comisión de higiene de la infancia del Municipio de Barcelona ejerció de Asesor técnico. Presidió la Sociedad gimnástica regional.

En la Junta provincial y municipal de Sanidad de Barcelona fué una figura de primer orden y no exageraría si lo colocara en el primer puesto. Al constituirse con arreglo a la nueva reglamentación, su discurso inicial dejó huella imborrable por los datos que presentó, la manera de exponerlos y las orientaciones que marcara. No causará extrañeza que se le nombrase Vicepresidente de la Junta en pleno y Presidente de la Comisión permanente. Lo raro es que no figurase en ella hasta su muerte... De sus trabajos y enseñanzas no hay que hacer encomio. Era Comenge, con todos sus alientos, en su medio óptimo y sin trabas para sus ideas. En nuestra Academia, en donde tampoco tuvo obstáculos para sus manifestaciones, desde su brillante ingreso (30 diciembre de 1893) hasta después de muerto no han cesado sus trabajos. Son muchos los informes, dictámenes, discursos, necrologías, con que ha abrigado esta nuestra Corporación. Puso orden en la Biblioteca, formó parte de la Junta Directiva, Secretario perpetuo (1915)... Como Secretario, nadie se ofenda, no tuvo igual. En la labor íntima de esta casa atendió a todos los servicios, organizó muy bien la Secretaría, redactó una primera acta para la sesión inaugural a nada comparable, medio escrita dejó la de este año, fué el iniciador y sostenedor incansable de nuestros ANALES. ¡Cuánto le echamos de menos! Su reemplazo nos dejó perplejos. Han pasado muchos meses hasta substituirlo. Un rasgo más: siguiendo la norma de toda su vida, renunció a los emolumentos que la Academia designara para Secretario.

La colaboración de Comenge en la prensa abrazaba un vasto campo. A los periódicos, no pocos, que he ido citando en otras partes de este escrito, hay que añadir, que yo recuerde, estos otros:

*Revista ibero-americana de Ciencias médicas*, de Madrid.

*Revista crítica de Historia y Literatura*, de Madrid.

*Boletín de la Real Academia de Buenas Letras*, de Madrid.

*Diario médico-farmacéutico*, de Madrid.

*La Medicina contemporánea*, de Madrid.

*La Correspondencia médica*, de Madrid.

*La Independencia médica*, de Barcelona.

*El Restaurador farmacéutico*, de Barcelona.

*Revista valenciana de Ciencias médicas*, de Valencia.

Esto entre los periódicos médicos; siendo sus favoritos en estos últimos tiempos *El Siglo médico* y mi *Gaceta*, en la que figuraba como uno de los redactores más antiguos y más asiduos. Colaboró también en la prensa médica extranjera.

Aparecieron muchos escritos suyos en varios periódicos políticos:

*El Liberal*, de Madrid y de Barcelona.

*El Imparcial*, de Madrid.

*El Progreso*, de Madrid.

*El Mercantil valenciano*.

*El Adelantado*.

Y otros ya citados o que no han llegado a mi conocimiento.

En algunos de los literarios figuraba como escritor preeminente.

A esta larga serie de trabajos científicos se deben agregar otros, ¿quién sabe cuántos? en que firmaba con seudónimo (Victoriano, doctor Ventosa, Recio de Tirteafuera, doña Lucinda Protoplasma de Sangredo, S. E. R., Glucosean Moe, quizá algunos más) y aquellos otros en que no utilizaba ni su firma ni los seudónimos.

Una faz de Comenge, poco conocida, es la de su afición a la poesía. Escribió un drama en dos actos «El Visconde», cuyos resultados y cuya valía ignoro. Si se fija la atención en sus escritos, se notará siempre cierta tendencia a intercalar versos, propios o ajenos. De otra parte, en las cartas de aquellos a quienes quería, el verso, más que la prosa, era su expresión habitual. Algunas de las que me dirigiera estaban escritas de este modo, siendo de notar que lo mismo se valía de los sonetos, que de las octavas reales, que de las odas, que del romance.

1916. Había muerto Comenge y aun continuaban sus escritos, como sigue el perfume de las flores después de arrancadas y muertas.

Cuando su cadáver iba camino del cementerio, se repartía la *Gaceta médica catalana* de 15 de enero con un largo estudio suyo, en que hacía la crítica de muchas obras de Higiene. El 6 de febrero ingresó en esta Academia el eminente oftalmólogo doctor Menacho, y a su original y concienzudo discurso de recepción contestaba el doctor Comenge—¡casi un mes después de muerto!—con una magna oración. Y el 30 de enero el Vicesecretario doctor Oliver leía la Memoria de Secretaría para la sesión inaugural, último trabajo, no acabado, del excelso Comenge. En él expresa con vehemencia su horror a la guerra y la esperanza de una paz duradera; apunta curiosos hechos científicos respecto a los tres centenarios que precedieron a 1915, y la parca le sorprende: al comenzar la descripción del año finido; la memoria quedó interrumpida y nadie la ha continuado, ni era fácil hacerlo a la altura en que colocaba Comenge sus empresas científicas y literarias.

De él, con más exactitud que del Cid Campeador, se puede y se debe decir que vencía después de muerto, que enseñaba muchos días después de agotada su existencia orgánica. Aun salen de la tumba llamaradas fosfóricas de su potente masa cerebral; y no son fuegos fatuos, sino limpios destellos de tan admirable potencia psíquica.

Las rotundas afirmaciones que he formulado sobre la ciencia y la bondad de Comenge, no me inducen a tenerlo por un omnisciente ni por un infalible. La exposición de sus grandes méritos, alentada por un sincero afecto, no significa que lo crea en absoluto libre de errores. Pero son tan pocos los que cometiera y tan de detalle, que no rebajan el valor de personalidad tan excelsa.

En el enorme número de nombres, fechas y trabajos que almacenaba en su cerebro, pudo haber error al ingreso por falta de aduana fiscal en un momento dado o por salir heterotópicamente alguno de los productos. Tal vez señale estos deslices un prestigioso y cultísimo médico levantino, médico que, a pesar de ello, tiene formado de Comenge un concepto elevadísimo. No sería esto una muestra de animosidad, sino un acto de estricta justicia.

Mas convengamos, fría, serenamente, en que la infalibilidad no es atributo humano. Convengamos también en que en la larga escala del relativo valimiento del hombre, Comenge estaba muy alto, en uno de los últimos peldaños, cerca de esas inaccesibles alturas en que asientan las perfecciones. ¡Todos fuéramos como él y nuestra especie estaría muy lejos de los brutos y muy cerca de los ángeles!

#### IV

#### RÉCOMPENSAS

Si a compás de las obras se concedieran los premios, habría pocos tan galardonados como debió serlo Comenge. El gran científico, el gallardo historiador, el estilista preclaro, el peritísimo médico, el abnegado siempre, tenía derecho a las más grandes mercedes; por tanto, este capítulo había de estar tan repleto de distinciones como está el precedente de trabajos y de cargos. No es así para vergüenza de altos y bajos, de gobernantes y gobernados. Comenge obtuvo pocas recompensas; en cambio, cosechó grandes disgustos, y menos mal que salió con vida de su lucha contra los intereses mercantiles, que le cerraron el camino en varias ocasiones, y de los males que representan la ignorancia, la rutina y las supersticiones de los pueblos, la incuria y en casos la malevolencia de las autoridades.

¡Triste sino el de la clase médica! Se la exige muchos conocimientos, una resistencia física inagotable, el sacrificio de su salud y de su vida si es menester. Después caen en pronto olvido los servicios; y menos mal si no resulta el descrédito científico, el deshonor o la burla.

Si se compara el bien que el médico puede producir con el que son capaces de dispensar las otras instituciones sociales, el médico es el que realiza la mejor obra. Salva a sus semejantes, lo intenta cuando menos, y no es premiado; si lo es, se le retribuye por modo tan exiguo, casi ridículo, que avergüenza. Los premiados han sido favorecidos por el acaso o lo debieron a influencias particulares o a lo que sea. Me detengo en este camino.

En general las mercedes están en razón inversa de los merecimientos. Comenge no constituyó un caso excepcional. Fué muy merecedor y poco recompensado. Todavía más: en una ocasión solemnísimamente, en vez de ser recibido en palmas, le persiguieron los corchetes burocráticos con la aviesa intención de deshonorarlo y de reducirlo a la miseria. Dios los perdone, que bien lo necesitan por la mala hazaña que querían realizar contra el vencedor de las grandes epidemias, el salvador de tantas vidas.

Aun con estas restas y con las que luego señalaré, Comenge ha obtenido muchísimas veces el aplauso de los científicos, de los literatos, de los médicos. Con mi pequeño valimiento he encontrado innúmeras ocasiones de alabarle y de hacer la crítica de casi todas sus obras para ensalzarle. Otros, de mayor prestigio, le han tributado plácemes con inusitada frecuencia.

Las corporaciones de que formó parte, los congresos en que interviniera, no fueron avaros y le otorgaron cuanto pudieron otorgar. No tienen cuenta los diplomas, medallas, comunicaciones y otros honores que en justicia le concedieron.

La prensa le rindió muchas veces tributo de admiración y con avidez recogía las elucubraciones del hombre sabio. Por eso fué redactor y colaborador de tantos periódicos.

Los pueblos le aclamaron palpitantes de entusiasmo. En este grupo figura a la cabeza el de Santa Cruz de Tenerife, por ser el que mejor comprendió la meritisima empresa que en su obsequio realizara. Le premió con aplausos, nombrándole hijo adoptivo, elevándole a la categoría de socio de honor de todas las corporaciones, dando a la calle de San Francisco el nombre de Comenge y luego del doctor Comenge para evitar equivocaciones con un homónimo que desempeñó el cargo de gobernador, regalándole un *chalet* que cede inmediatamente a una institución benéfica de la misma capital, dirigiendo mensajes al Municipio, al Gobierno, al Presidente del Ayuntamiento de Barcelona y a la esposa del aclamado. . . . Cuanto se le ocurrió para demostrar su gratitud, verdaderamente desbordada. Lo raro del caso ennoblece al pueblo que, lo llevara a cabo.

Manresa, Sampedor, San Cugat del Vallés y otros, se mostraron de palabra y de hecho agradecidos a los beneficios que reportaran de Comenge, y el último, como homenaje póstumo, acordó dar su nombre a una calle, como prueba de que no se había apagado el recuerdo de los actos meritorios que nuestro consocio les prodigara en circunstancias afflictivas.

Hasta se dió el fenómeno, poco frecuente, de que el Gobierno le felicitara varias veces, incluso de R. O., y de que se le concediera alguna «cruz». También lo hicieron las Direcciones generales de Sanidad; lo mismo debo decir de varios Municipios, el de Barcelona inclusive.

Pero los Gobiernos y las Corporaciones populares fueron injustos e ingratos. De estas injusticias e ingratitudes pudiera presentar varios ejemplos. Baste con dos, bien probatorios del mal comportamiento de los más obligados a prodigar las recompensas.

Solicitada por muchos, con insistencia y cargados de razón, se pidió para Comenge la Gran Cruz de la Orden civil de Beneficencia. Se llegó a incoar el expediente, que resultó brillante y demostrativo como ninguno. Fué remitido hace tiempo al Ministerio, y por allí reposa, cubierto de polvo, pese a la valía de los peticionarios. No hubo negación, que hubiera sido motivo de un escándalo monumental, pero hubo otra cosa peor: el abandono, la indiferencia (1). ¡Indiferentes, abandonados, Gobiernos que salieron de grandes apuros gracias a Comenge! Es inconcebible, pero desgraciadamente es un hecho. Ni se les ocurrió premiarlo en vida ni en muerte. Lo aprovecharon, obtuvieron de él todo el jugo posible y... a olvidarlo. El olvido es un camino cómodo y corto, pero injusto. ¡Ni siquiera se les ha ocurrido a nuestros gobernantes tender una mano piadosa a la desconsolada viuda para que viva holgada los años que le restan de vida! ¿Por donde andan la bondad y la justicia de los gobernantes?

Con sobradísima razón ha escrito estas líneas el doctor Barberá, de Valencia: «Se cuenta que fué pedida para él una Gran Cruz de Beneficencia y no prosperó la propuesta... y en esto sí estuvo bien inocente, pues si a mí me lo hubiera consultado, al contar que estábamos en España, le hubiera dicho: «Primero hazte un gran político, un oligarca de tomo y lomo y después solicita lo que quieras. Pero como sabio nada pidas, pues te será denegado... (2)»

El otro hecho es más grave todavía. No es olvido ni indiferencia: es maldad. Y ocurrió aquí, en Barcelona, en el campo de sus más grandes y continuadas batallas, en la ciudad que tantos beneficios reportara de su talento y de su bondad inagotables. Escuetamente narrado, he aquí lo ocurrido.

Al regresar Comenge de su viaje triunfal a Santa Cruz de Tenerife, las rosas sin espinas se convirtieron en punzantes matorrales. ¡Se le formó expediente por supuesto abandono de destino! ¿Abandono de destino cuando iba a súplicas del Ministro de la Gobernación para conjurar conflictos que a todos nos podían dañar y que lesionaban la patria española? ¿Abandono de destino cuando del nombramiento tuvieron noticia oficial oportuna el gobernador y el alcalde? Lo que abandonó Comenge fué su hogar doméstico, su tranquilidad, sus tareas literarias que tanto le encantaban y hasta su derecho a la salud y su derecho a la vida. ¡Eso fué lo que abandonó! ¿Abandono sería el que Barcelona se viera libre de la peste, dadas sus relaciones con Canarias?

Contra ese malhadado acuerdo municipal se levantó un clamoreo estupendo. Protestó la prensa médica (3), la política (4). Entre las protestas merece consignación especial la de nuestro querido compañero el doctor Puigpiqué, que por lo expresiva traslado íntegra (*Nota XVIII*).

Repercutió la sucia oleada en el limpio Atlántico y fué a estrellarse en las costas de Tenerife. La sorpresa del hecho fué de las inolvidables. Por natural reacción, aquellas gentes tan agradecidas, tam-

(1) En carta de 22 de junio de 1915 dice el Dr. Cortezo que el expediente había sido informado favorablemente por el Consejo de Estado.

(2) *Revista valenciana de Ciencias médicas*, 1916.

(3) *Siglo médico: Gaceta médica catalana*, etc.

(4) *La Publicidad, La Vanguardia*, y otros.



bién protestaron y se ofrecieron brava e hidalgamente (*Nota XIX*); al telegrama respondió, Comenge de tal manera, que el ánimo se conmueve y se siente admiración hacia el hombre bueno, de quien quisieron hacer un mártir escribas y fariseos. (*Notas XX y XXI*).

Comenge era un hombre entero, pero el golpe fué duro y para que más daño le causara las maquinaciones de los perversos no pasaron tan pronto como era deseable y era justo. Las gestiones fueron muchas; los entorpecimientos para la resolución, incontables. Luchaba la lealtad con la chapucería. Durante la lucha iba en rápida decadencia la salud de Comenge. Discurría por las calles como un espectro. Perdió carnes y colores. El adelgazamiento y la palidez inspiraban compasión, no a todos, que quizá hubiera quien de haber muerto se hubiera alegrado. Triste, sin su habitual ingenio, estaba dominado por negras ideas: la mancha con que intentaban poner sucio su limpio honor y las escaseces en que le habían envuelto y sumido. Una vez más es crucificado el que quiere meterse a Redentor. ¡La solicitada Cruz de Beneficencia se convirtió en cruz grande de maleficencia! Un reo inocente en capilla en la angustiosa situación de esperar indulto. El conocía bien la sentencia de Anacarsis: «Las leyes son como las telarañas: los pequeños insectos quedan cogidos, los grandes las rompen;» y si era socialmente grande, municipalmente era pequeño, un *empleadillo cualquiera*.

Han muerto varios de los infernales inventores fabricantes de la burda trama. No aconsejo el olvido: al revés, se les debe tener siempre por delante y que su mala conducta no nos induzca a caer en tan aviesas intenciones. Con los que viven hay que estar ojo alerta.

Al fin terminó en bien el expediente, el inocente reo salió de la capilla. Rehabilitado, volvió a sus habituales quehaceres, con fe, si es posible con más ánimo que antes. Parecía en sus obras lo que Cisneros en sus palabras: *Como decíamos ayer*. Un ayer sin rencores, sin recuerdos del calvario sufrido.

Y muere Comenge.

Las recompensas *post mortem* han sido: la pena de muchos, los panegíricos y los bocetos biográficos. Barcelona se ha conmovido, pero no lo intensamente que debiera. No tiene, que por ahora se sepa, substituto en cargo tan importante, en misión tan urgentísima. Aun habiendo quien lo reemplazare, con lo que él hiciera sobra para sentirse dolido y lamentar su muerte.

Verdad es que el Municipio, *sin costear el sepelio*, asistió a la conducción del cadáver. Asistieron también otros Ayuntamientos, y como en alma, con sentidos telegramas, el de Santa Cruz de Tenerife: la asistencia de aquél es costumbre cuando sucumbe algún empleado más o menos notable y también lo es que costee el sepelio y con Comenge no lo hizo. Pero el de Barcelona no ha hecho, como el de San Cugat del Vallés, dar su nombre a una calle, ni como otros, consignar pronto en acta su sentimiento (1). Pasados meses tomó el acuerdo de sentirlo y concedió a la viuda una pequeña pensión, ¡poco más de cien pesetas mensuales! Merecía más la buena esposa, aun a trueque de romper los moldes reglamentarios. Mas cobra la viuda de cualquier Oficial 1.º, de los que trabajan menos y se exponen menos que Comenge. ¡Qué pena! (2)

Se habló de una estatua o de algo análogo. La idea ha fracasado. Barcelona debiera haber hecho algo estable. El era acreedor a recuerdo duradero; los que le sucedan tendrían con ello un perenne estímulo. El homenaje ha sido bien limitado. Falta relación entre lo meritorio del que falleció y la liberalidad del Municipio.

Esta indiferencia es coonestada por el vivo agradecimiento de las clases obreras y de las clases más necesitadas, que han perdido un protector y un buen guía, como dicen muchos de ellos. Lo está también por el intenso duelo de esta Academia. No he confesado a los miembros de la Corporación sobre este asunto; pero sé, sin preguntarles, que tardará años, si es que se borra, en extinguirse el recuerdo del insigne consocio, honra y prez de esta casa.

Sirvan estos quebrantos que sufrimos, de consuelo a la inconsolable esposa, a sus deudos y a cuantos, sin parentesco carnal, estaban unidos a él por los suaves lazos de acendrado afecto. Tengan el convencimiento de que no son ellos los únicos en sentir y lamentar la desgracia. También lo somos otros muchos, y si en esta casa no salen las lágrimas a los ojos de los académicos, es porque el corazón las recoge, las caldea y como invisible efluvio las manda cariñosamente al amigo, al compañero, al maestro de todos nosotros.

(1) No lo hizo hasta el 16 de mayo (ya los cinco meses!), y esto gracia al concejal señor Rocha.

(2) Al corregir las pruebas me sorprende gratísimamente una rectificación de conducta de parte del Municipio barcelonés. En la sesión del 8 de febrero de 1917 fué aprobada, sin dificultad alguna, la siguiente moción:

«Que en recompensa y reconocimiento de los especiales servicios prestados a la Ciudad por el doctor don Luis Comenge, para este solo caso excepcional, y sin que pueda invocarse como precedente, se conceda a doña Julia Pastor, en calidad de viuda de aquel malogrado funcionario, la pensión de tres mil pesetas, en lugar de la que disfruta por acuerdos autorizados de V. E. y a partir de 1.º del actual, con cargo a la propia consignación, a la cual se aplicará la actual.»

Mi sincero aplauso al Municipio. Ha hecho una buena obra. Si fui severo en la censura, no quiero ser parco en la alabanza. Una y otra me parecen justas. Ahora, cumplido el deber moral con la viuda, falta un hecho que demuestre a las venideras generaciones que hubo un Comenge al que Barcelona está y estará agradecida, algo perenne, revelador de que las buenas acciones no las olvidan los pueblos, ni sus representantes.

## Apéndice

*Nota I.*—Don Juan Bautista Comenge y Picó, hijo de un farmacéutico, nació en Ayelo de Malferit, provincia de Valencia, en el año 1819.

Terminada la carrera de Medicina en Madrid, fué nombrado titular de Aviñón, cerca de Calatayud, cargo que desempeñó desde 1848 a 1852. Regresó a Madrid, en cuya capital nació nuestro Comenge (1854). Se trasladó luego a El Bonillo (Alicante), como titular, y de éste a Villahermosa (Ciudad Real) desde 1857 a 1866. Residió después en Valencia, en cuya Universidad estudiaron sus hijos Rafael y Luis. Desde 1872 vivió en Alcudia de Carlet, pero los inviernos los pasaba en Valencia. En 1882 comenzó a sufrir hematurias y otros trastornos consiguientes a una litiasis vesical. A principios de 1888 vino a Barcelona para ver a su hijo Luis, ya residente en nuestra ciudad. A principios de 1890 fué víctima de la epidemia reinante de gripe, que acabó de malear su salud quebrantada y, cada vez más extenuado, murió el 23 de agosto del mismo año, en Alcudia de Carlet.

«Este hombre, excepcional y bueno», como dice su hijo, fué un médico notable en su tiempo. Colaboró en muchos periódicos profesionales y, siendo propietario, director y administrador, publicó en Madrid, año 1855, el periódico *El Crisol*, valiéndose del seudónimo de Juan Palomeque el Zurdo. Tuvo como colaboradores asiduos a don Ildefonso Martínez y al célebre don Juan Nicasio Gallego, y con menos asiduidad a los renombrados doctores Mata, Velasco, Terán y Noguero.

Durante su estancia en Madrid fué Presidente de Sección y Vicepresidente de la sociedad médica «Esculapio».

¡Un buen padre, digno de tal hijo!

*Nota II.* Doña Elena Ferrer, la madre de Comenge, nació en Albaida en el año 1826 y murió en Alcudia de Carlet a 14 de abril de 1903. ¡Y Comenge se dolía de no haber sabido, por encontrarse enfermo, la gravedad del padecimiento y su funesto desenlace!

*Nota III.*—Su hermana Amalia nació en El Bonillo (Alicante). Casó con el Excmo. Sr. D. José Catalá, a la sazón Juez de 1.ª instancia de Alberique, nacido en Gandía en 1848. Murió dicha señora el día 2 de marzo de 1887 a consecuencia de una septicemia puerperal, desarrollada durante el puerperio del segundo parto.

*Nota IV.*

### A. Luis Comenge

ODA «ZAFIA»

Almo colega que al sagrado gremio,  
De remendones de la grey humana  
Honras cantando, cual si fueran propias,

Glorias ajenas.

Y a segúndones, como yo, de Apolo  
En mayorazgos transformar intentas  
Llena de ardiente patrio amor el alma

Libre de celos.

Plegue a la augusta Pallas Athenea,  
Desasnadora de iletrados dioses,  
Polar estrella de los humanos

Nítidos genios,

Darte, con creces, galardón heroico.  
Bien lo merece quien a un pobre muerto  
Vuelve a la vida con aplauso ingenuo,

Antiespasmódico.

Ver mis exequias por tu gracia pude;  
Fuiste tu el Verdi de esa partitura,  
Suénder fué el preste que entonó los *Kiries*

Con treinta y nueve

Bravos amigos, ángeles de pluma,  
Tan cariñosos, que al llegar al *Libera*  
Substituyeron triste *Requiescat*

Con un *Resurgit*.

Mas ¡ay! que el mundo con glacial apremio  
 Viéneme ¡al cobro de anticipos tales;  
 Déficit fuerte para el cual no tengo  
 Ni una peseta.  
 Pero te juro que, si vivo un lustro  
 (Teste me sea Júpiter tonante),  
 Sólo en un lustro compondré tan nuevos  
 Optimos libros,  
 Que al recorrerlos, las futuras gentes,  
 Visto el esfuerzo de Comenge y Suénder,  
 Quizás exclamen con acento plácido:  
 ¡¡Tuyo vergüenza!!

Tu  
 JOSÉ DE LETAMENDI.

29 marzo 1893.

Nota V.—«Instituto de Biofísica.—Laboratorio Mary.

Paris, 21 de febrero de 1916.

Dr. Rodríguez Méndez

Querido e ilustre amigo:

Recibo la *Gaceta médica catalana* del 31 de enero, y la constancia de vuestra afectuosa benevolencia me hace contraer para con usted una nueva prueba de gratitud. También Comenge ha desaparecido... ¡Salud a la memoria de ese humilde y poderoso trabajador de la ciencia, cuyo renombre, hace muchos años, había franqueado las nieves pirenaicas...—ALBERTO MARY.»

Nota VI.—*La Chronique médicale*, 1.º de marzo de 1916: «El doctor Comenge era uno de esos hombres de valer, cuyos méritos reales excedían de mucho su propio renombre, más restringido a causa de su modestia.

»Su abnegación personal fué extraordinaria en estas dos épocas—cólera y peste bubónica—y le dió un ambiente de popularidad que no le abandonó nunca y que le seguirá más allá de la tumba. Escritor brillante, a la manera de los grandes clásicos españoles, poseía además una profunda erudición científica y literaria...

»En este concepto, era tal vez de todos los médicos de la España contemporánea el que mejor sabía alternar sus trabajos profesionales con sus concepciones filosóficas, en el vasto campo de la literatura médica y de la medicina histórica propiamente dicha. Investigador tenaz, de una perspicacia sorprendente y de un golpe de vista magistral, supo encontrar, en las anfractuosidades más ocultas de la historia, todo lo que podía despertar la curiosidad intelectual del gran público, a la par que de sus colegas.»

De su «Historia de la Medicina» dice: «Monumento espléndido, que confirma a la vez su gran talento de escritor y la maestría de su erudición, y que le coloca hoy entre los historiadores más distinguidos del cuerpo médico en España.

»Pésame a la familia y a todos nuestros compañeros españoles.»

Nota VII.—«Otro muerto ilustre, Director del Servicio de Higiene Urbana de Barcelona, historiógrafo de la Medicina Española, erudito cervantista, era el doctor Comenge, como dice el doctor Rodríguez Méndez, un hombre bueno, sabio y modesto, tres cualidades que son raras, sobre todo juntas y más raras todavía, si, como en este caso lamentable, cada una de ellas es sobresaliente por su propia intensidad.

Barcelona, la ciudad de sus amores, debe al doctor Comenge mucho de lo que es y representa en el concierto de las grandes ciudades europeas; y la medicina española pierde, con él, a uno de sus más insignes corifeos. Redactor de la *Gaceta médica catalana*, en compañía de los Rodríguez Méndez, Galcerán Granés, Turró y Dardé, Martínez Vargas y otros, contribuyó, por notable manera, a la evolución científica hispana cuya marcha e incontenibles arrestos no puede nadie desconocer (1).—VÍCTOR DELFINO»

Nota VIII.

#### «DEL DICHO AL HECHO...

Jamás olvidaré la escena; es una espina hincada en el cerebro.

El cielo estaba plomizo, fría la atmósfera, la calle solitaria y fangosa. En el quicio de ruinoso portalón un obrero, envuelto en ancha blusa salpicada de yeso, comía solo sin mirar a dos seres que le contemplaban con menos cariño que necesidad. Levantóse luego y encarándose con la mujer, de hermosura marchita,

(1) *La Semana médica*, de Buenos Aires, 23 de marzo de 1916.

le dijo con palabra trémula por la ira: «Conque ya lo sabes, para el domingo necesito traje nuevo...» Y fué a la taberna próxima en busca de amigotés.

Al pronto la niña, que semejava un ángel de retablo pálido y flacucho, se abalanzó a la cazuela y devoró con ansia las piltrafas y mendrugos sobrantes; en tanto que la madre ahogaba la pena en lágrimas y pedía a Dios resignación y fortaleza para trabajar de noche, para remediar escaseces y nada faltase a su marido, quien en ardientes discursos predicaba la igualdad y la regeneración del hombre por el amor al prójimo; era el más fogoso orador de la *tertulia* y el más disoluto entre los del gremio.

Cuando todos, altos y bajos, amen y honren a los suyos, estaremos en camino de la verdadera regeneración social.—L. COMENGE.

(De *La Caridad*, Barcelona, 5 noviembre 1899.)

*Nota IX.*—«Los espíritus superficiales, como los niños, sólo admiran en las gayas flores el verde follaje, las punzantes espinas, el delicioso aroma y los tintes de los nacarados pétalos; pocos, muy pocos, son los que adivinan o vislumbran que en el cáliz de una rosa se desarrolla y palpita el drama eterno del amor, causa y fin de la vida de la Naturaleza; de parecida suerte el Dispensario para tísicos, síntesis actual de la campaña contra la tuberculosis, esconde entre los menudos pliegues de la realidad creadora un pensamiento sublime, un ideal nobilísimo, un fin caritativo: es el amor al prójimo corriendo en auxilio de los desvalidos enfermos castigados por el más terrible azote de los humanos.

¡Llor a los iniciadores de esta obra científica y pia!»

(Fragmento del discurso que pronunciara en la fiesta celebrada en las primeras etapas de la campaña antituberculosa.—Tomado de *La Higiene local*.)

*Nota X.*—«Sello noveno, año 1864.—Como Teniente-Mayor de la Iglesia parroquial de San Lorenzo, de Madrid, Certifico: Que en el libro parroquial de Bautismos de la misma y al folio 62 se halla la siguiente

«*Partida.*—En la Iglesia Parroquial de San Lorenzo de Madrid, a diez y nueve de Febrero de mil ochocientos cincuenta y cuatro. Yo, Don José Pellicero, Teniente de la misma parroquia, bautiza *sub conditione* un niño que nació el 17 a las once y media de su mañana, hijo legítimo de Don Juan Bautista Comenge, natural de Ayelo de Malferit, Médico, y Doña Elena Ferrer, natural de Albaida, ambos Arzobispado de Valencia; viven calle del Arco de Santa María, núm. 24. Abuelos paternos, Dn. Ignacio, natural de Coria, y D.<sup>a</sup> Josefa Picó, natural de Alcoleche, y maternos Don Pedro Vicente, natural de Montaverner, y D.<sup>a</sup> Teresa Boscá, natural del citade Albayda. Se le puso por nombre Luis, Fermín, Julián, Padrinó, Don Faustino Ruiz, viudo, y le advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones y lo firmé. José Pellicero.—Concuerda con su original. San Lorenzo de Madrid y Agosto veinte y seis, año del sello. Hay un Sello. Manuel Orts. Es copia.»

*Nota XI.*—Firmó en Villahermosa la instancia para comenzar el Bachillerato, en 1864. Abarca este período desde los cursos 1864-1870, todos ellos en Valencia. Hizo los ejercicios del grado el 21 y 23 de junio de 1870, pero el título correspondiente no le fué expedido hasta 19 de octubre de 1875. En Valencia también comenzaron sus estudios médicos, curso de 1870 a 1871 (vivía en la calle de Chofrens, 4, pral.) y en la hermosa ciudad del Turia recibió el grado de Licenciado (16 de noviembre de 1875), cuyo título fué firmado el día 14 de abril de 1876 y entregado al nuevo médico el 21 de junio del mismo año.

De Valencia marchó a Madrid para obtener el grado de doctor (1878). Entonces fué cuando residió en la misma casa que naciera.

Era, pues, un médico valenciano; no obstante, sus afecciones para la capital levantina no fueron de las más intensas. Esto no fué óbice para que cultivara con afán algunas amistades particulares.

*Nota XII.*—Esta Sección fué creada en 9 de junio de 1891. Tenía como misiones especiales las desinfecciones, los análisis de alimentos y los servicios afines. Fué constituida del modo siguiente:

Director: Don Luis Comenge.

Médico 1.<sup>o</sup>: Don Miguel Lluch.

Auxiliar químico: Don Inocente Pauli.

Auxiliar farmacéutico: Don Martín Costa.

Veterinario agregado: Don Ramón Turró.

*Nota XIII.*—En prueba de la solemne despedida, en la que tomaron parte todas las clases sociales, sin distinciones de política ni de creencias.

«Pueblo de Santa Cruz: Mañana a las 10 embarca para la Península el ilustre DOCTOR COMENGE.

Terminada felizmente la misión que aquí le trajo en días de zozobra y desaliento, nos abandona después de devolvernos el sosiego perdido y cuando ya sus gestiones, desvelos y entusiasmos se ven coronados por el éxito y nuevamente asegurada la paz de este pueblo, grande, noble y sufrido en el infortunio y perseverante hasta rayar en el heroísmo cuando las circunstancias lo han demandado.

Renunciamos a hacer apologías de méritos que, como los contraídos por el gran higienista, están en la conciencia de todos. De él, como de ninguno, bien puede decirse que llegó, vió y venció.

Llegó en horas de angustia y desorientación: vió nuestros males con la clarividencia del sabio y del médico, y tiempo le faltó para entonar el himno de la victoria; tal fué, por lo rápido y decisivo, el triunfo que hoy celebra alborozado el pueblo de Santa Cruz, y con él el caudillo de la ciencia que con voluntad firme y tenaz supo librarle del desastre.

Pues bien: quien tal hizo va a partir de nuestro lado, una vez desempeñado su cometido. Y nosotros, inspirados en sentimientos de gratitud intensa, no podemos, no debemos dejarle marchar sin hacer pública expresión de nuestra reciprocidad por todo cuanto le somos deudores.

Al pueblo, pues, nos dirigimos; a este pueblo invicto y generoso, para que mañana acuda en masa a despedir a su insigne bienhechor, pues ello al par que para exteriorizar el agradecimiento que brota espontáneo de nuestros corazones, servirá para rendir homenaje a la ciencia redentora.

Santa Cruz de Tenerife, febrero, 9 de 1907.

El Alcalde.—Sociedad Económica de Amigos del país.—Casino de Santa Cruz de Tenerife.—Círculo de Amistad.—XII de Enero.—La Bienhechora.—La Benéfica.—La Caritativa.—Logia «Azaña» n.º 270.—Centro de Dependientes.—Comisión Central de «La Cruz Roja de Tenerife».—Ateneo de Tenerife.—Sociedad Filarmónica.—Centro Republicano.—Salón Frégoli.—Real Club Tinerfeño.—Cámara oficial de Comercio.—Cámara oficial agrícola.—Centro Obrero.—La Opinión.—Diario de Avisos.—Diario de Tenerife.—El Tiempo.—El Magisterio Canario.—El Obrero.—El Progreso.—El Liberal.—El Tío Camándulas.

*Nota:* La manifestación se organizará frente al Palacio Municipal, de donde partirá a las 9 de la mañana, recorriendo las calles de 25 de julio, Alameda de Weyler, Castillo y San Francisco hasta el hotel Camacho, en que se hospeda el doctor Comenge.

Se recomienda a los vecinos que habiten en las calles del tránsito de la manifestación, que engalanen las fachadas de sus casas.»

*Nota XIV.*

«Tapia, Barcelona.—Barcelona.—Tenerife 2300.—33-10-15.—Regreso muelle despedir autoridades, pueblo, querido esposo, digno hijo adoptivo capital demostración gratitud. Dios bendiciones al que de su divino mandato, trajo alegría críticas circunstancias pasadas. ARCIPRESTE DE SAN A. CRUZ DE TENERIFE.»

«Julia Pastor de Comenge, Luis Tapiá, Barcelona.—Barcelona.—Tenerife, 2306.—28-10-15.—Embarcá-dose Dr. Comenge; pueblo héchole manifestación despedida entusiasta imponentísima; complázcome significar usted enviándole testimonio mis respetos estimación esta ciudad.—Alcalde, CALZADILLA.»

«Tapiá, Barcelona.—Tenerife, 2315.—33-10-16-15.—Despedimos querido Comenge buena salud. Sale hoy, saludamos respetuosa, cariñosamente, digna esposa cuyo retrato, obsequio aquel guardamos joya inestimable símbolo profundo aprecio eminente amigo. Ovación indescriptible. AURELIO, AURELIO MARÍA SUEIRAS MILLÁN.»

*Nota XV.*—Del Pueblo, a la Señora de Comenge.—Sra. D.<sup>a</sup> Julia Pastor de Comenge.

Señora:

Si la labor del doctor Comenge como Delegado extraordinario de Sanidad merece justo tributo de reconocimiento por todo este pueblo, las felices iniciativas, los hermosos rasgos de su esposo de usted, despiertan en el ánimo sentimientos tan nobles que no es un aplauso el que mueve, es un desbordamiento del alma el que impulsa a una comunión espiritual con personalidad de tan generosos arranques.

Vuestro esposo, señora, ha tenido para nosotros una cadena con la cual nos ha aprisionado en sus deseos nobilísimos, nos ha deslumbrado con el brillante resplandor de la hermosa virtud de la caridad cristiana y dejándonos el cronómetro que señala el instante en que se unen el recuerdo de lo pasado con la realidad del presente y la esperanza en lo porvenir, hemos querido interpretar que el pasado, el presente y lo porvenir es sólo un momento que se repite incesantemente y por modo uniforme para agradecimiento y para el cariño.

No es extraño, por todo cuanto hemos apreciado en el hombre de ciencia y el hombre de noble corazón, que al sentir la partida de esta capital de tan ilustre huésped, haya sido unánime el acuerdo tomado en reunión, en la cual se hallaban representadas todas las fuerzas vivas de esta ciudad, para comisionarme por mi cargo de Alcalde, para que en nombre de todos dirija a usted expresivo mensaje, haciéndole presente los sentimientos de afecto hacia la personalidad de su esposo de usted y rogándole se sirva tomar en ellos la participación que de derecho le corresponde.

En materia de sentimientos no es fácil que la expresión traduzca la intensidad con que se experimentan, y si abrigo el temor de no haber sabido interpretar cuanto es y significa el encargo que me confirieran mis conciudadanos, tengo la confianza de que suplido estará desde luego por usted lo que de deficiente haya en el modo de decirlo, con la delicada perspicacia con que la mujer adivina, pesa y mide instantáneamente cuanto hace relación a los afectos del alma.

Sírvase usted aceptar la expresión del sincero reconocimiento que nos une a su distinguido esposo y

compartir con él el cariño con que desde hoy le mira el pueblo de Santa Cruz de Tenerife y me complazco en ofrecerle el testimonio de mi más distinguida consideración personal.

Santa Cruz de Tenerife, 10 de febrero de 1907.—CARLOS CALZADILLA.»

*Nota XVI.*—«Del doctor Comenge al Pueblo de Santa Cruz de Tenerife.

Sr. D. Carlos Calzadilla.

Muy Sr. mió y predilecto amigo: Puesto el pie en el estribo y en las ansias del que se anega en un mar de dulcísimas emociones, vuelvo mi vista y pongo mi pensamiento en usted para alabar sus cívicas virtudes y saludar en el dignísimo Alcalde de Santa Cruz de Tenerife a un pueblo hospitalario y heroico que me ha elevado, con su magnanimidad, al más alto puesto a que podía aspirar mi deseo.

Otórqueme usted la merced de manifestar a nuestros conciudadanos lo muy obligado que a sus favores quedo, a los cuales he de corresponder, cuando menos, con una gratitud y un amor que durarán tanto como mi existencia.

Dígame también que el perfume de sus alabanzas y los aplausos que su bondad me prodigó, no me conturban y antes servirán de incentivos a su anhelo de mostrarme digno de tan amorosas distinciones y de las excelencias de mi patria adoptiva. Expresé usted a todos los habitantes de nuestra hermosa capital que yo confieso ante el mundo y mi conciencia que todo lo plausible en la campaña sanitaria se debe y se deberá a la excelencia del pueblo, al acierto y actividad de las autoridades, a la prudencia y a la caridad de los vecinos, a la humanidad y sabiduría de los médicos.

Finalmente, abrazó en usted a todos los hijos de Santa Cruz, mi nueva patria, en la que dejó la parte más sublime de mis sentimientos, la mitad de mi alma.

De usted devotísimo amigo y admirador q. b. s. m., L. COMENGE.»

s/c. Febrero 10, 1907.

*Nota XVII.*—Después de escribir Pulido sobre la obra de Comenge, escrito que fué copiado con gran satisfacción por la *Gaceta médica catalana*, dije:

«A la rápida reseña hecha por el doctor Pulido hay que añadir varios hechos que enaltecen más la conducta heroica del doctor Comenge.

Le fué regalado un chalet, que a su vez ha cedido a una institución benéfica.

Ha creado un establecimiento de lactancia gratuita para niños pobres.

Ha regalado los honorarios que el Gobierno le señalara, para fines benéficos.

Ha entregado sus alhajas para establecer una tómbola de fin benéfico, ejemplo seguido por las personalidades más salientes de la isla.

Al otorgarle Santa Cruz de Tenerife el honroso título de hijo adoptivo, ha dado, sin duda, lo mejor que podía dar, pero nunca lo empleará en hombre más útil, más modesto y más desinteresado.

Reciba nuestro querido Redactor la más cordial enhorabuena por su triunfo científico, por su abnegación y sacrificios, por su liberalidad y por el buen éxito de su difícil y peligrosa misión.—DOCTOR RODRÍGUEZ MÉNDEZ »

*Nota XVIII.*—No podemos terminar sin hacer constar que el tan elogiado amigo al llegar a su patria adoptiva se encontró con un oficio dejándole suspenso de empleo y sueldo. Es verdad que la baba infecciosa de los miserables que la envidia ciega, no puede empañar la gloria y el lustre adquirido por una abnegación sin límites y un trabajo impropio; pero ello no deja de mortificar a quien jamás la ambición ha sido instrumento de malquerencia, ni rencor personal. En la prosperidad nos honrábamos con su amistad; en la adversidad la reiteramos sin reservas.

(*Restaurador farmacéutico*, 28 febrero de 1907.)

*Nota XIX.*

«Doctor Luis Comenge.

Barcelona, Tenerife—4010-50-25-15-30. Respuesta pagada.

Profundamente impresionados ayuntamiento y población por noticia suspensión empleo, nos ponemos a sus órdenes, agradeciéndole mucho indíquenos francamente qué gestiones debemos emplear para obtener justísima reposición Sanllehy; ofrecen interesarse y recomendar asunto ese Ayuntamiento: Reciba con nuestros afectuosos saludos expresión eterna gratitud.—Alcalde accidental, BALLESTER.»

*Nota XX.*—RESPUESTA:

«Cordialmente agradecido a sus valiosos ofrecimientos, confío justicia vencerá maquinaciones infames; de no ser así, hay condenas que enaltecen y glorifican. Suyísimo,—COMENGE.»

*Nota XXI.*—El independiente y culto médico municipal don Ignacio de Llorens le escribió: «Amigo

doctor Comenge: la votación recaída en méritos del expediente que se le instruyó por abandono del destino es tan elocuente, que la clase médica habrá quedado asombrada.—Le felicito con toda mi alma, y ahora como antes y siempre, queda a sus órdenes su atento amigo y admirador.

7 octubre de 1907.»

Sesión científica del día 30 de diciembre de 1916

PRESIDENCIA: DOCTOR CARULLA

## Problemas que suscita el estudio de la inervación renal

POR EL DOCTOR J. M. BELLIDO

Desde junio de 1914, en que como primer firmante presenté a esta Corporación meritísima el escrito que se menciona en la plana primera de sus ANALES, pidiendo la admisión de los corresponsales a las sesiones científicas, tenía yo adquirido el compromiso de llenar parte de una de ellas hablándolos de mis trabajos y de las cuestiones de Fisiología conexas con ellos. El deseo de hacerlo de palabra y no mandando mi comunicación por escrito, a la vez que la circunstancia de no haberme hallado en esta durante el curso académico desde mi toma de posesión en Zaragoza me han impedido cumplir mi propósito, aun cuando en la memoria de todos vosotros estará un hecho que demuestra que nuestra incomunicación no ha sido absoluta: el Premio Gari, el más alto galardón que esta Academia concede trienalmente, nos fué el año pasado conferido a Serés y a mí, prueba del aprecio y cariño con que juzgasteis nuestra labor modesta, por lo cual me honro hoy, al saludaros antes de usar por primera vez de la palabra en este Salón, en manifestaros mi más profundo agradecimiento.

Tratábamos en este trabajo de las correlaciones que entre los dos segmentos secretor y excretor del aparato urinario se establecen por mecanismo nervioso, y aportábamos sus trabajos anatómicos y clínicos Serés y mi cosecha experimental yo en apoyo de nuestra tesis: hoy voy a intentar la exposición del horizonte que al trabajo de rebusca de histólogos y fisiólogos muestra uno de los eslabones de la cadena que en nuestro trabajo precisábamos, los nervios del riñón.

Los nervios renales proceden de los esplánicos, principalmente del menor, y del cordón lumbar del simpático. Se reúnen formando el plexo renal a cada lado y acompañando los vasos del pedículo penetran en el riñón; por intermedio del plexo solar reciben ramos procedentes de los vagos, y también llegan otros procedentes de la vejiga, por conducto del plexo o ganglio mesentérico inferior (vesico-renal de Serés), ramos estos últimos que en parte van a los ganglios más internos del plexo renal y en parte a las ramillas que acompañan a los vasos del pedículo. Además de los ganglios visibles, el más notable el ganglio renal posterior de Hirschfeld, hay pequeños acúmulos de cuerpos de neuronas en el trayecto de los nervios renales, en el pedículo. Por estas vías actúan sobre el riñón los órganos más distantes, pero la disposición anatómica de ellas no permite la disociación de conductores distintos, como en otras glándulas, la submaxilar por ejemplo, ha sido posible precisar. Pero si anatómicamente no podían separarse estos distintos conductores, era natural el deseo de separarlos en sus acciones sobre la glándula durante su excitación. No se excitó por su posición profunda el plexo renal, pero sí fueron excitados los nervios que directamente con él se relacionan, y en los efectos se hizo patente un fondo uniforme, las acciones vasomotoras. La técnica pletismográfica, en este caso particular la oncografía, favorecida por la forma y posición del riñón hizo visibles en todos los casos variaciones en el volumen del órgano, causadas por las reacciones vasculares y a ellas se atribuyeron todos los efectos de los influjos nerviosos sobre la secreción urinaria. Los fisiólogos, siguiendo a Heidenhain, afirman no estar demostradas otras acciones nerviosas renales que las vasomotoras, y los patólogos, como Ludolf Krehl en su edición de la Fisiología patológica de 1914, atribuyen síndromes tan complicados como la diabetes insípida a enormes vasodilataciones circunscritas al territorio renal, sin esforzarse en demostrar su aserto, tanta es la inercia de esta añeja concepción de la exclusiva de lo vasomotor en la actuación del sistema nervioso en la secreción de la orina.

La Anatomía microscópica y una desapasionada interpretación de los hechos recogidos por los fisiólogos nos fuerzan a creer; aun en los casos en que la técnica oncográfica resulta más afirmativa, en la intervención del elemento epitelial directamente excitado por el sistema nervioso. El sistema nervioso intrarenal es rico, no hay uno solo de los segmentos del tubo urinífero ni dependencia